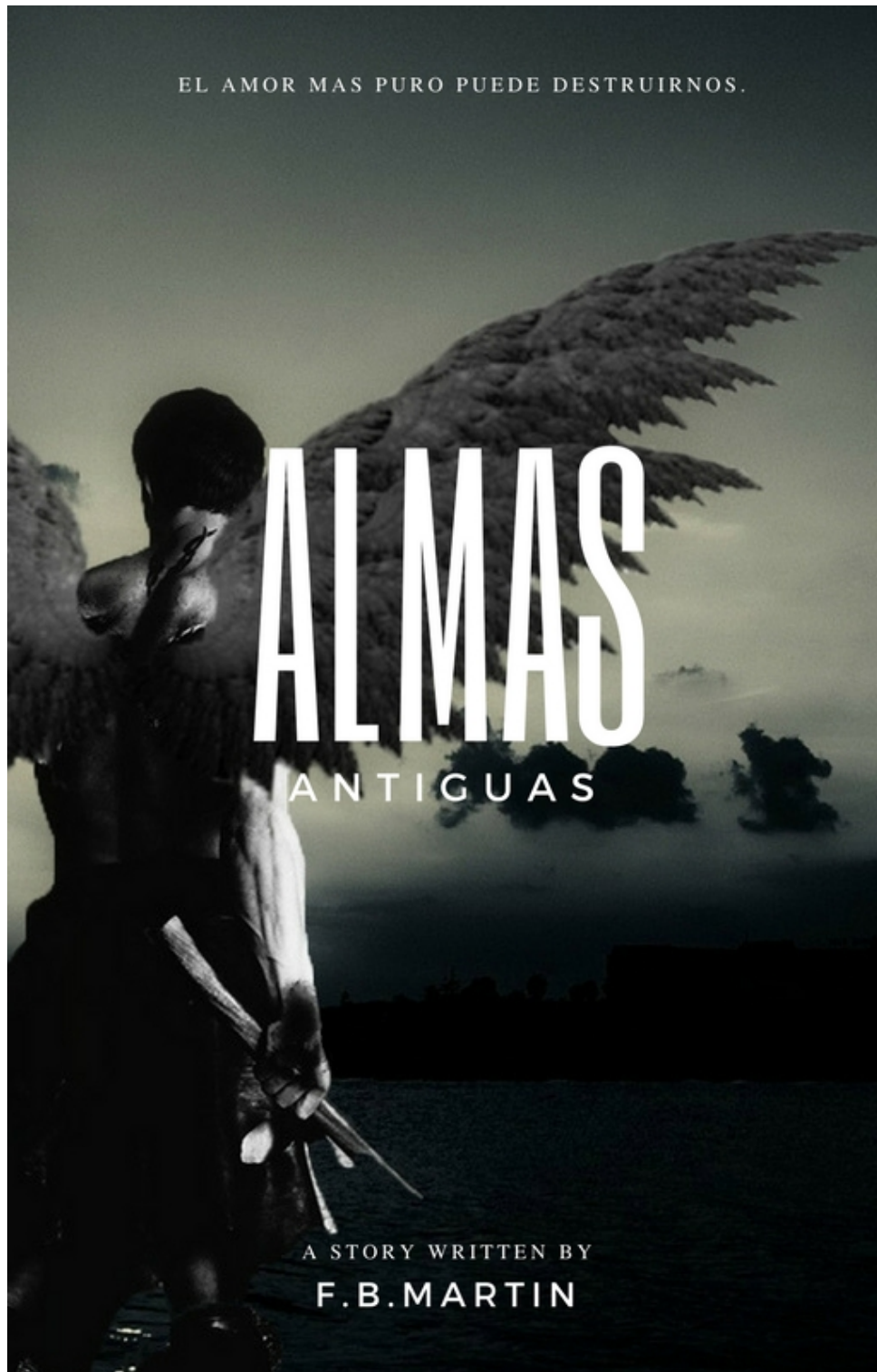


# Almas antiguas

Fiore Martin



# Capítulo 1

## Capítulo 1: Un nuevo encuentro

**"No hay arrepentimiento para ellos después de la caída, como no hay arrepentimiento para los hombres después de la muerte" (San Juan Damasceno, De fide orthodoxa, 2,4: PG 94, 877C)**

A mi alrededor todo está cubierto de un intenso color blanco, puedo sentir el frío y el dolor. El viento golpea mi cara al mismo tiempo que choca con cada árbol y construcción que se le interpone, acelero el paso tanto como la nieve me lo permite sin hacerme caer y me pregunto cómo algo tan puro puede causar tanto dolor.

El camino está desierto, sigo las pisadas de caballos que no hace mucho parecen haber pasado por aquí mientras busco alrededor un lugar que me sirva de refugio. La nieve batalla con la oscuridad de la noche mientras yo intento aferrar la bufanda a mi pecho y cubrir mi boca del repentino humo que llega de lejos a mis espaldas.

A cada paso que doy logro dilucidar más detalles de ésta noche, al mirar hacia atrás noto lo que me parece ser un carruaje volcado e incendiándose y podría jurar que un hombre permanece tendido en el frío camino, casi puedo ver su sangre manchando la nieve. Algo dentro de mí me dice que tengo que ayudarlo y me detengo mirando hacía atrás sopesando mis opciones, sin embargo y sin saber por qué una repentina sensación de temor me invade y solo puedo echarme a correr.

La culpa que siento por dejar a ese hombre morir hace que broten lágrimas de mis ojos mientras que el viento arremolina mi cabello y las aterciopeladas partículas lo adornan como todo a su paso. A pesar del peso del gran vestido que llevo puesto avanzo rápidamente hacia el final del camino como si estuviera consciente de que alguien me persigue.

Empiezo a sentirme acorralada y es cuando escucho el sonido de pisadas en la nieve. Me detengo en seco con la mirada fija en el camino que dejé atrás, aún en la oscuridad de la noche puedo saber que alguien está detrás de mí y antes de que pudiera decidir entre girarme o correr siento su agarre con fuerza del cual no me puedo zafar. Un objeto afilado pasa ante mis ojos y se apoya en mi garganta.

De repente los segundos se convierten en minutos y los minutos en horas. En mi mente es como estuviera viendo una vida pasar, solo que esa no es mi vida, no logro reconocer las imágenes que vuelan con tanta rapidez lo cual causa más desesperación que el punzante objeto que

aguarda en mi cuello.

Es el fin. Intento soltarme sin éxito, miró hacia abajo tanto como la gran bufanda que me envuelve el cuello me lo permite, es de un color pálido y no puedo evitar pensar en cómo la sangre de aquella persona que dejé atrás teñía la nieve, tal vez si me hubiera detenido para ayudarlo no sería éste mi final, de todas formas siempre supe que nuestros errores los pagamos en vida, y a la mía le quedaba muy poco.

Al final de la calle un hombre corre hacia mí y grita de un modo desgarrador. El miedo que siento en este momento me ensordece pero su expresión de dolor lo dice todo.

Veo sus profundos ojos verdes y siento que me pierdo en ellos una vez más, aún cuando las lágrimas en su rostro intentan opacarlo su belleza sobresale a tan fatídico paisaje. Lo observo como si fuera por última vez, intentando memorizar cada parte de su rostro y puedo sentir su mirada en lo más profundo de mi corazón. Si los ojos son las ventanas del alma a partir de esa mirada las nuestras estarían entrelazadas por siempre.

Son tantas las palabras que intentan salir de mi boca en el momento en que se acerca a mí que no puedo distinguirlas y entonces todo se vuelve blanco.

Todo cuanto podía ver era de un intenso color blanco pero logré distinguir un sonido no tan extraño y extendí mi mano en busca del despertador.

Aún con mis ojos apenas abiertos logré leer la alerta en mi celular con el nombre "mudanza" y esperé mientras mi cerebro me regresaba a la

realidad otra vez. Si no fuese porque desde que tengo memoria ese tipo de sueños tan vívidos me hacen despertar llorando aún estaría exaltada. Pero aquel día era muy importante para mí como para dejar que las pesadillas lo arruinen, ese día empezaba por fin mi último año en la universidad, un año de paz antes de perder el control de mi propia vida y eso a los 21 años asustaba más que toneladas de nieve y cuchillos. O al menos eso es lo que yo pensaba antes de conocerlo y que mi mundo cambiase por completo. Pero no quiero adelantarme en la historia.

Me levanté de la cama, no sin antes revisar las redes sociales porque como Lola siempre dice "es hasta más importante que el desayuno", de hecho normalmente debo pasarlo por alto ya que tengo la tendencia a ser la persona más impuntual de la faz de la tierra. Me distraje por un momento mirando los libros que ya estaban empacados y guardando en las cajas viejas fotos de la infancia donde toda mi familia está sonriente, tome mi favorita donde estoy poniendo caras mientras sostengo a Maggie recién nacida, ser su hermana mayor me daba el derecho a tomarla prestada.

Escaleras abajo mis padres preparaban el desayuno y Maggie ya sentada en la mesa comenzaba a parlotear sobre el nuevo video de su cantante favorita disfrutando de la atención de toda la familia, más que su hermana muchas veces lograba sentirme su madre por la diferencia de edad que teníamos, pero a sus 9 años debía admitir que era una niña muy atenta a todo lo que pasaba a su alrededor y se había ganado el lugar más grande en mi corazón desde el primer momento.

Mientras revolvía el tazón con cereales me perdí mirando hacia la ventana recordando cada detalle del sueño de esa mañana, no es como si fuera la primera vez que lo tenía, pero cada vez se sentía más real, de hecho, solían pasar meses sin tener esa clase de sueños pero muy a mi pesar siempre volvían, con el tiempo empecé a ignorarlos pero el de esa mañana tenía un detalle que lo diferenciaba de todos los que anteriores, era la primera vez que podía ver el rostro de aquel hombre con tanta claridad.

Intenté recordar con demasiado interés si se trataba de una persona que alguna vez conocí y mi mente solo lo añadió, pero no recordaba haber conocido un hombre tan hermoso. Concluí que quizá mi mente como un mecanismo de defensa había sacado la imagen de aquel hombre de un modelo de un anuncio de fragancias para contrarrestar lo horrible del sueño y después de un rato pensándolo esa fue la idea que logró convencerme, una idea no muy inteligente si consideramos que era una estudiante en el último año de medicina. Vi a mi madre hablándome y me pregunté cuánto tiempo hacía que estaba así, porque no recordaba ni una palabra.

El resto del día pasó rápidamente, papá estacionó al llegar al campus y todos nos detuvimos para admirar las vistas, siempre que llegaba al lugar tenía la sensación de por fin pertenecer a algo mucho más grande que mi misma, tal vez siempre había sido lo que algunos chicos llamarían nerd, la realidad es que no solo les dedicaba tiempo a mis estudios como muchos podrían pensar, aunque siempre fui de tener pocos pero grandes amigos.

Tuve la suerte de que Lola, mi mejor amiga, estudiase en la misma universidad que yo, aquel día que nos enviaron las cartas de aceptación nos abrazamos y lloramos sin poder creerlo, y el padre de Lola se encargó de que todos los años compartiéramos apartamento. Él decía que era porque me adoraba como a una hija pero yo sé que él esperaba que la cuide de su explosiva personalidad.

—Emma— me dijo mi papá en el momento que agarré mi maleta sacándome de mis pensamientos—. Quiero que sepas que estamos orgullosos y que esto es todo lo que siempre deseamos para ti, intenta disfrutar al máximo tu último año, ipero no demasiado! Somos jóvenes para ser abuelos—mamá lo miró avergonzada y no pudo evitar reír de la falta de filtro que mi papá tenía al hablar—. Vamos a extrañarte pequeña Em, pórtate bien—dijo y un nudo se formó en mi garganta, las demostraciones de amor siempre causan ese efecto en mí y comenzaba a sentir esto como una despedida, aunque temporal, lo cual era algo que odiaba.

—Gracias papá, por Dios saben que no deberían preocuparse por eso, yo también voy a extrañarlos— les dije riendo.

Mamá me miró con lágrimas en los ojos como el primer día que empecé el colegio y tuvo que dejarme en el mar de niños pequeños que solo sabían gritar.

—No hay nada que deseemos más que tu felicidad, cuídate mucho, no te olvides los desayunos, no comas cualquier cosa y no tomes mucho alcohol, sabes que no es lo tuyo— dijo mamá riendo, las despedidas tampoco eran lo suyo, reconocía en mí muchos rasgos de ella, en ese momento no había cosa que deseara más que decirles cuánto los amaba pero las palabras no lograban salir de mi boca, a veces me pregunto por qué los sentimientos que más fuerte guardamos en nuestro corazón son los más difíciles de dejar salir y me parece una gran falla de los seres humanos que no logramos superar.

—¿Podemos no recordar viejas épocas? — le contesté avergonzada intentado cambiar el ambiente, mis padres sabían desde mi adolescencia que no era una persona muy tolerante al alcohol y tenían cientos de anécdotas guardadas especialmente para reírse de su primogénita en

fechas festivas que lo demostraban.

El apartamento se encontraba alejado del campus lo cual me pareció una ventaja por la tranquilidad que, supuse, tendría el lugar. Cuando logramos encontrar la habitación que me habían asignado me ayudaron a dejar mis maletas, el lugar me pareció bastante amplio con espacio de sobra para nosotras dos, pensé que sin duda el padre de Lola se habría cobrado unos buenos favores para conseguir que nos quedásemos allí.

Teníamos una pequeña cocina que en el primer momento supe que no tendría mucho uso y el lugar se encontraba bastante amoblado, con cierta exageración en las decoraciones lo que fue la advertencia de que Lola había llegado temprano, hasta habían instalado una televisión y un equipo de audio, ya que alguien tenía planeado mucho más que pasar los exámenes. Maggie tampoco se contuvo y saltó en la cama hasta que mamá le pidió que dejase de hacerlo. Abracé a mis padres y a mi hermanita en la puerta y les prometí llamar una vez por semana, alimentarme bien y hacer algunas locuras. ¿Qué clase de padres le pedían a su hija que haga locuras? Esos eran los míos, cuánto los extraño.

Cuando se fueron no pude evitar sentirme sola, el lugar parecía mucho más grande ahora que no estaban y decidí desempacar para sentirlo menos extraño, cuando terminé me senté en la cama y me tomé un momento para mirar a mi alrededor intentando entender cómo llegué hasta allí tan rápido, muchas veces sentía que mi vida pasaba ante mis ojos como cuando adelantas las escenas de una película que no te interesan lo suficiente, como si estuviera viva pero sin estar viviendo, esperando a que una parte de mi despierte, y ese sentimiento no era muy amistoso en mi cabeza.

Lola entró a la habitación pegando saltos y gritos.

—¿Cómo es que me pusieron una compañera de cuarto más linda que yo?!— gritó en dirección a la puerta logrando que todos los que pasaban pongan su atención en nosotras, más allá de lo absurdo que eso sonara.

—Ya estaba necesitando que alguien me avergüence, ¡gracias por llegar!  
— le contesté sarcásticamente sabiendo que ella lograba entender mi humor —. El equipo de audio completo, la extensión del guardarropas ¿es en serio? — le pregunté.

—Por supuesto, resulta que nadie quiere compartir habitación contigo porque eres una fastidiosa, por lo que tuve que ocupar el espacio de la tercera cama extendiendo nuestro guardarropa, me lo agradecerás luego— contestó como si fuera lo más natural del mundo, haciendo las mismas señas con las manos que haría una niña. La entendía, cuando era pequeña su madre falleció en un trágico accidente y su padre intentó llenar el vacío de todas las formas posibles —. ¡Ya! ¡Quiero saber todo de

tus vacaciones, y no omitas ningún detalle! —continuó mientras se sentaba en mi cama, oficialmente nuestro último año como compañeras de habitación había comenzado.

—¡Te extrañé tanto! — admití finalmente, y no tardó en abrazarme.

El resto de la tarde hablamos de miles de cosas a la vez como si no nos hubiésemos visto en años, ella había llegado un día antes lo que le alcanzó para enterarse de la vida de todos, y la nueva información es algo que nunca me ha molestado, también estaba al tanto de donde se harían las mejores fiestas y logró persuadirme para que vayamos a lo que ella llamaba "una pequeña reunión". Como era de esperarse esa noche el lugar estaba atestado de gente, había demasiadas caras que no conocía, era el lugar perfecto para que yo quisiera salir corriendo, y el atuendo perfecto, porque ella aseguraba que en nuestro último año debíamos robar la atención en todas las fiestas, yo por mi parte no era muy fanática de usar vestidos demasiado cortos o demasiado apretados pero mayor sufrimiento era escucharla decir que no podría llegar a una fiesta vestida como una bibliotecaria.

La música estaba lo suficientemente alta para no escuchar ni mis pensamientos, a esa edad festejábamos como si supiéramos que al salir de la universidad necesitaríamos esa clase de recuerdos felices donde todo lo que nos preocupaba era llegar lo suficiente sobrios a las clases, lo cual yo solo podía cumplir si no bebía ni una gota de alcohol.

De repente sentí que mis pies se elevaban del suelo, había solo una persona que sabía lo mucho que eso me molestaba y nunca perdía oportunidad en hacerlo.

—¡Sabía que vendrían! — dijo Alex abrazándome. Otro gran amigo que esta etapa de mi vida me había regalado, aunque a decir verdad el primer año no nos tolerábamos, él era demasiado bromista, de los que no saben cuándo deben parar, sólo lo hacía cuando mi cara delataba que podría golpearlo en cualquier momento, pero con el tiempo aprendimos a querernos como hermanos.

—No me lo perdería por nada del mundo, quiero conocer a la nueva víctima de tu amor— le contesté colocándome mi zapato que voló en su abrazo— ¿Qué has estado haciendo en tus vacaciones además de extrañarnos? — seguí.

—¡Cierto! ¿Dónde está Emily? — preguntó Lola buscando alrededor.

—Ya es historia del pasado, me dijo que necesitaba enfocarse en su carrera, creo que voy a probar suerte con los hombres— dijo Alex como si no le importara mientras abría su lata de cerveza. — Y si, las extrañé, deberían haber aceptado mi invitación a la casa de verano de mis padres

ifue una locura! — agregó, conociéndolo no lo dudaba.

—Estoy segura de que lo fue, por eso no fui— contesté y Lola se comenzó a reír por mi sinceridad.

Chris esperaba verte— dijo mientras le guiñaba un ojo a Lola. Me imaginó que encontró consuelo rápidamente— contesté sarcástica, siempre intentaban encontrarme pareja, pero yo no lograba sentir que sea ni el momento ni la persona adecuada para mí. ¿Puedo decir que Chris es un idiota? Ok, perdón, lo dije, lo es Alex, sigue intentando— agregó Lola al mismo tiempo que nos daba unas cervezas.

La noche transcurrió entre viejas anécdotas de los años compartidos, juegos y bailes extraños que esperábamos no ver al día siguiente en ninguna red social.

Volvimos a nuestra habitación pasadas las 3 am, nuestra gran excusa era que las pocas horas de sueño en la universidad nos prepararían para los años de residencia en los hospitales. Preferí bañarme para estar lista para las primeras clases de la mañana siguiente con la esperanza de que el sueño venga a mi y no la ansiedad que aparecía la noche anterior a comenzar un nuevo año.

Desperté tarde y noté que Lola ya había salido, seguro había intentado sin éxitos sacarme de mi profundo sueño. Examiné rápidamente mi guardarropa y me decidí por unos jeans y una blusa azul que mamá siempre decía que resaltaba mis ojos, tardé unos minutos en encontrar mis converse blancas que aún no había sacado de la maleta, sabía que si la noche anterior me hubiera quedado organizando mis cosas en vez de salir no estaría llegando tan tarde, pero les había prometido a mis padres y a mí misma disfrutar este último año.

No desayuné ni pasé más tiempo delante del espejo que el adecuado para lavar mis dientes. No quería llegar demasiado tarde, tomé mis llaves, y me encaminé hacia la puerta buscando mi bicicleta ya que el tiempo no estaba a mi favor y no pude detenerme a admirar el resto del campus o los edificios tanto como hubiese deseado.

Al llegar al estacionamiento noté que la mayoría de los rostros conocidos ya estaban dentro del edificio y me apresuré en encontrar un buen lugar donde dejar mi bicicleta, al doblar oí una bocina muy fuerte y un auto frenó en seco delante mío, casi a punto de chocarme. Quedé petrificada por un segundo mientras sentía como mi corazón latía a un ritmo acelerado, ¡excelente! lo que más quería para el primer día de clases era que un lunático me atropellara. Me bajé rápidamente de mi bicicleta con la intención de ofrecerle no muy amablemente que tome clases de manejo y pisé un charco que cubrió mis zapatillas perfectamente



blancas de un asqueroso barro.

No se me otorgó el don de la paciencia, he de admitirlo, por lo que sin poder evitarlo solté la bicicleta y di dos golpes con la palma de mi mano en el frente del auto con mucha más fuerza de la necesaria.

—¿Estás loco? ¿No puedes mirar por dónde vas?! ¡Casi me matas y encima arruinaste mis zapatillas! — Grité bastante enojada intentando mirar por el vidrio del auto, tal vez mencionar las zapatillas le quitó un poco de importancia al hecho de que casi me atropella y me arrepentí de mencionarlo en bien salió de mi boca.

La ventanilla del conductor se bajó lentamente y un hombre sacó la cabeza mirándome como restando importancia al asunto.

—Perdón, no te vi, no te desquites con el auto, y ¿tus zapatillas? ¿cuál sería el orden de tus prioridades? — dijo y noté en su rostro como si intentara ocultar una carcajada. Se quedó mirándome fijamente con una sonrisa torcida hasta que entendí que lo hacía porque desde que habló estuve parada mirándolo, manteniendo la cara de enojo, pero en mi cabeza no podía encontrar palabras para describir su belleza, tenía una sonrisa perfecta y sarcástica como si lo supiera, lo cual me hizo enojar aún más, ¿esa le parecía una buena manera de disculparse? y esos ojos verdes tal vez lo hacían creer que no necesitaba hacerlo porque cualquiera lo perdonaría al instante.

—¿Qué no me viste? Le dan el carnet de conducir a cualquiera— contesté enojada.

El hombre no contestó, se limitó a mirarme con una sonrisa dibujada en su rostro, sin intentar salir del auto como si hubiera algo de la situación que le resultaba fascinante. Comencé a recoger mis cosas del suelo, intenté levantar mi bicicleta le daba la espalda al que hombre bajó del auto mirando la situación.

—Espera déjame ayudarte con eso— dijo levantando mi bolso—. ¿Estás bien?, además de las zapatillas— continuó sonriendo.

—¿Disculpa? ¡Esto es increíble, de verdad te parece gracioso! — protesté indignada subiendo a mi bicicleta.

—No, de verdad lo lamento, ¿Necesitas algo? — contestó a mis espaldas.

—No, muchas gracias— dije en un tono irónico al alejarme de él sin dirigirle la mirada —. Estúpido arrogante— agregué muy por lo bajo cuando estuve lo suficientemente lejos, ya estaba demasiado molesta por

la situación.

Entré en el edificio sin mirar atrás pensando en la excelente manera de presentarme a la primera clase del año que había conseguido, con mis zapatillas sucias y tarde. La mala suerte siempre me persiguió a donde quiera que vaya, ya lo tenía asumido. Me dirigí a los baños sabiendo que la clase empezaría en cualquier momento y no conseguiría un buen lugar, esperaba que hubieran logrado guardarme uno.

Siempre pensé que la primera impresión era lo más importante, y no solo en una clase sino en la vida en general, me preocupaba demasiado que podría pensar el profesor al verme llegar tarde y desalineada a la clase, podría creer que había estado de fiesta hasta tarde y que no era lo suficientemente responsable para poner vidas en mis manos ¡y todo por culpa de ese arrogante que casi me mata! Intenté calmarme y limpiar un poco el desastre en mis jeans, consiente por una parte de que estaba exagerando al menos un poco. Cuando decidí que no podría obtener un mejor resultado corrí por los pasillos, por suerte me resultó fácil localizar el aula.

En el interior había más luz y pude ver por las pequeñas ventanas que la clase había comenzado y que el lugar estaba colmado de estudiantes, sin más opciones me armé de valor e intenté no pensar que al cruzar esa puerta todo el mundo me miraría desaprobando mi entrada triunfal.

Para mi sorpresa lo logré, crucé las grandes puertas y rogué porque la clase sea tan interesante que a nadie le interese fijarse en mí, muy a mi pesar las puertas hicieron un leve sonido que bastó para que el profesor dejase de escribir.

—Me alegro de que haya decidido acompañarnos— dijo.

Y reconocí su voz automáticamente.

—Por favor toma asiento— volvió a decir el profesor volteándose y quedando al frente de la clase. Yo permanecía inmóvil deseando que no sea la misma persona que estaba en mi mente. A pesar de lo inmensa que era el aula nuestras miradas se cruzaron y se quedaron fijas por un momento. Era él. El mismo al que le había golpeado el coche hacía unos minutos. El mismo arrogante de sonrisa perfecta.

Por primera vez no tenía palabras. Quería hacerme pequeña y desaparecer y deseaba más que nada en el mundo que no haya escuchado mi último comentario o estaría acabada por el resto del semestre.

Miré a mi alrededor hasta que encontré a Alex y Lola haciéndome señas para que me una a ellos, Alex me miraba con una cara que gritaba "estás

haciendo el ridículo" y Lola tenía la sonrisa de alegría más exagerada de todas señalándome indiscretamente al profesor. Bajé la mirada y me dirigí al lugar que me guardaron. Intenté no cruzar miradas con él durante toda la clase. ¿es posible morir de vergüenza? A pesar de que Lola estaba sentada a mi lado no paraba de hacer vibrar mi celular enviando cada una de sus ocurrencias "profesor hot #feliz", "Amo la medicina" lo que hizo que se me escape una risa y el profesor me mire por un momento, estaba roja de la vergüenza.

Definitivamente era el peor día de mi vida. ¿Qué es todo eso que había dicho sobre las primeras impresiones?, ¿Qué podría ser peor que golpear el coche del profesor antes de la primera clase? Mi tortura no acababa ahí, había asignado trabajos distintos a cada uno y al finalizar la clase tendría que acercarme ignorando nuestro desafortunado encuentro y pedirle el mío por lo que solo deseaba estar en mi cama y que ese día no hubiese sucedido nunca. No lograba prestar atención a la clase, lo que no era lo usual en mí, pude ver en el pizarrón que estaba escrito su nombre Sam Dagger, el apellido me sonó poco común estos días, tendría unos 30 años como mucho.

Estaba absorta en mis pensamientos y no noté cuando la clase terminó, todos empezaron a recoger sus cosas y abandonar el aula lentamente y yo permanecí en mi lugar pensando de qué manera hablarle. Cuando casi todos habían salido bajé los escalones del aula y me acerqué mientras lo veía guardar sus cosas, esa mañana no había logrado apreciar ni la décima parte de lo que era ese hombre, las facciones en su rostro parecían talladas a mano y lo mismo podría decir de su cuerpo con lo que la camisa blanca que vestía dejaba notar, ¿era real? parecía sacado de un anuncio de fragancias.

—Disculpe profesor— aclaré mi voz— m..mi nombre es Emma Hudson, yo lamento llegar tarde pero... es que esta mañana..—dejé de hablar para elegir mejor mis palabras, no podía ocultar mis nervios pero era evidente que no era buena idea decirle que esa mañana un lunático, que resultaba ser él, casi me atropellaba, continúe lentamente mientras el me analizaba con la mirada —.Disculpe, solo quería pedirle mi asignación— dije finalmente y como si no tuviera otra opción lo miré a los ojos.

Una extraña sensación recorrió todo mi cuerpo, el tiempo se detuvo y mi corazón comenzó a latir a un ritmo más acelerado. El mundo me pareció algo diminuto, frío y lejano. Era el sentimiento más extraño que había tenido en toda mi vida y nacía en lo profundo de mi pecho. El verde de sus ojos era la más absoluta y preciada paz. No podría decir si pasaron segundos o unos minutos hasta que por fin habló y rompió esa conexión con la mirada, lo cual agradecí.

—Si, por supuesto, casi lo olvido— dijo como si nada hubiera pasado extendiendo su mano con unos papeles que tomé lo más rápido que pude

—. Y perdón, espero que las zapatillas no estén arruinadas— dijo sonriendo y mirando hacia mis pies. Lo miré anonadada, esa sonrisa acababa de alegrarme este día tan horrible. Nunca fui una chica enamoradiza y francamente no creía que el amor fuera para mí, pero su sonrisa me tocó el alma.

—Gracias, yo... también lo espero— dije y me giré automáticamente muerta vergüenza por la respuesta que acababa de dar, ¿en serio? ¿yo también lo espero?, al menos le daría un motivo más para reírse de mí, de todas formas ¿que esperaba? era solo un profesor.

Salí del aula lo más rápido que pude y fue entonces cuando su imagen invadió de lleno mi mente.

Era él. Era el mismo hombre de mis sueños.

Me sentí mareada y casi a punto de desmayarme cuando las imágenes de la noche anterior se reprodujeron en mi mente, y juraría que logré escuchar su voz al gritar como si se tratara de un recuerdo que volvía a mi cabeza. ¿Qué era todo aquello? ¿Cómo podría ser el mismo hombre que aparece en ese sueño? Tal vez solo me estaba volviendo loca. Solo podía estar segura de que cuando lo miré a los ojos por primera vez pude sentir esa mirada en lo más profundo de mi corazón, al igual que lo hacía en mis sueños antes de que todo se vuelva blanco.

## Capítulo 2

### Capítulo 2: Tormenta

Cambridgeshire, 1851.

El frío se apodera de todo mi cuerpo hasta que ya no logro sentirlo. A mi alrededor todo es oscuridad y sólo la tenue luz de la luna me deja ver un pequeño camino, al final de éste unas siluetas se agitan en la oscuridad.

No reconozco dónde estoy ni recuerdo cómo llegué aquí. Corro hacia ellas para pedir ayuda sintiendo el mismo dolor en mis pies que sentiría si lo hiciera sobre miles de cuchillas, al mirar hacia abajo descubro que me encuentro descalza y por mucho que intento recordar cómo llegué a esta situación mi mente está en blanco.

Al final del camino una de las siluetas se desvanece en el aire soltando a la que parece ser una mujer y ésta cae desplomada, un grito ahogado sale de mi boca y caigo de rodillas sin poder continuar ante lo que ven mis ojos mientras que otro hombre corre hacia ella y la sostiene en sus brazos al mismo tiempo que ella se desangra lentamente.

En ese momento lo escucho por primera vez emitir un grito desgarrador y llorar abrazando a su amada, aquel hombre al que nunca nada le había hecho derramar una lágrima estaba tendido en el suelo aferrado a ese cuerpo vacío como si toda su existencia dependiera de eso. Mi cuerpo.

Siento que todo mi alrededor gira, sostengo mi cabeza con ambas manos y comienzo a darme cuenta de lo que está sucediendo. Miro hacia todos lados sin saber que estoy buscando, no puedo evitar romper en llanto y gritar en vano porque él no logra oírme, maldigo al cielo y al infierno porque ya no temo por mi alma, han cumplido su objetivo, estamos separados y mi alma sin él no significa nada.

Por más que grito me siento a kilómetros de distancia, él no me escucha, debería poder escucharme yo lo sé, pero ¿qué es lo que sé? ¿y cuánto vale todo lo que sé ahora? Si todo se acabó. Pero si este es el fin todo este maldito dolor debería desaparecer junto conmigo, aunque entiendo por qué no puedo hacerlo. Necesito hablarle una última vez, todas las noches que pasamos juntos con sabor a despedida sabiendo a lo que nos enfrentábamos no lograron prepararme para este momento, porque no sé cómo hacer lo que debo hacer ¿cómo abandonas al amor tu vida condenándolo a la más lamentable existencia?.

A pesar de estar hablándole las palabras se limitan a resonar en mi mente.

—Sam aquí estoy, puedo escucharte, todavía no te abandoné— las lágrimas no dejan de correr por mi rostro— Desearía poder tocarte de nuevo, desearía poder decir tu nombre en voz alta sin romperme en mil pedazos al ver que no logras oírme, desearía que sepas que aquí estoy, porque te necesito para recogerlos.

Desearía que supieras que, aunque mi alma pague durante siglos el precio de este amor lo haría todo de nuevo.

Abrí mis ojos y me incorporé en la cama aún con la respiración acelerada. No podía explicar lo que acababa de soñar, estaba empezando a dudar de que fueran solo sueños y hasta de mi cordura. Ahí estaba otra vez Sam, el decirle simplemente "Sam" es algo que mi mente aún no aceptaba, no era alguien conocido, pero era él y la chica en el sueño así lo nombraba. Y esta vez pude ver que no era yo, lo cual me brindó una extraña tranquilidad dentro de toda esa locura, tal vez sus ojos eran parecidos a los míos, pero su cabello era rubio, un simple color de cabello me tranquilizaba ante toda la locura que estaba pasando en mi cabeza. Necesitaba dejar de pensar en todo eso, no dormir si fuera necesario, pero debía sacarlo de mi mente para poder continuar con mi vida normal.

El día anterior luego de nuestra incómoda conversación Lola no dejó de insistir en lo extraña que estaba, pero continué con mis clases normalmente hasta que volvimos y el nudo en mi garganta ni siquiera me permitió cenar.

Aún en la cama observé en mi celular que faltaban unas dos horas para que suene la alarma, me asustaba el simple hecho de volver a soñar, entonces busqué a tientas una remera de mi banda favorita para ponerme sobre mi pijama y me dirigí hacia la cocina, tardé unos buenos minutos mirando la nueva cafetera intentando descifrar cómo funcionaba hasta que logré preparar un café, tomé mi mochila y comencé a adelantar la asignación que el profesor Dagger nos dio -porque así es como debía llamarlo-. La información que se encontraba en internet sobre el tema no era muy precisa por lo que supe que debería ir a la biblioteca en cuanto pueda.

Aproveché el tiempo extra para cambiarme y decidí maquillarme, aunque no estuviera muy acostumbrada a eso, en algún rincón de mi cabeza me preguntaba que tanto tendría que ver el deseo de estar arreglada con los sucesos del día anterior, pero lo ignoré. Desperté a Lola temprano y la convencí de que fuéramos a desayunar en el comedor ya que nunca lo hacíamos.

Al salir del apartamento saludamos al hombre que se encargaba de la limpieza del lugar que siempre era muy amable con nosotras, pensé que debería preguntarle su nombre en algún momento. Lola caminaba exageradamente con los ojos casi cerrados como si la luz de la mañana los dañara y no dijo ni una palabra hasta que llegamos.

—¿Cereales o una hora más de descanso? déjame pensarlo— me dijo mientras caminábamos hacia el comedor.

— Doctora debería saber que consumir fibra es saludable— bromeé.

— También lo es dormir ocho horas, ¿estás segura que esto es solo por mejorar nuestros hábitos alimenticios? ¿no hay alguna otra razón? — preguntó mirándome mientras soltaba una risita tonta.

— No sé a qué te refieres— dije mientras entrábamos al comedor y buscaba un lugar donde sentarnos. A decir verdad, eso era algo extraño para nosotras y no conocíamos la dinámica por las mañanas en el lugar.

— Emma, vi cómo se miraban con el profesor de la primera clase, quiero una respuesta sincera— dijo y se detuvo mirándome seriamente a los ojos como si se tratara de un asunto de vida o muerte—. Se conocieron en una fiesta durante las vacaciones, tuvieron una historia alocada y no sabías que te lo encontrarías aquí ¿Verdad? — añadió hablando demasiado rápido y no pude evitar reírme de su teoría.

— ¿Eso es todo lo que tienes? — le pregunté esperando por más.

— ¿Acaso sabes con quien estás hablando? — me dijo riendo.

— No me acosté con el profesor si eso es lo que intentas decir— le respondí un poco avergonzada.

— Es una verdadera pena ¿no? y eso anula casi todas mis teorías— dijo decepcionada.

—Te lo diré, solo si prometes no hacer un escandalo de eso— le dije esperando su respuesta.

—Jamás haría algo así— contestó y no le creí un sola palabra.

—Ni reirte— agregué

—¡Jamás! —dijo poniendo cara de inocente.

— Ok... nos chocamos en el aparcamiento, el frenó en su auto a menos de medio metro de mi bicicleta y yo me asusté, bajé y ensucie mis zapatillas por pisar un charco, por eso estaban en ese estado— me detuve mientras

ella estallaba de risa—. Eso no es todo, le golpeé el auto y como me contestó minimizando la situación digamos que lo insulté— dije mirando fijamente la mesa para evitar su expresión.

— ¡Eso es mucho mejor que todas mis teorías juntas! Creo que acabo de perdonarte por despertarme tan temprano— contestó complacida.

— Me alegro de que mi sufrimiento haga feliz a alguien más, podrías ofrecerte como voluntaria para entregarle mi trabajo la próxima semana, como agradecimiento.

— ¡Ni loca! No quiero perderme la oportunidad de escuchar como insultas al profesor— dijo riendo.

Alex nos vio desde el centro del comedor y se dirigió a nuestra mesa con varios de sus amigos con cara de sorpresa mientras simulaba aplaudir.

— Déjenme adivinar, el apartamento se incendió y las hicieron salir de la cama por la fuerza — dijo mientras colocaba su bandeja en la mesa empujando nuestras cosas.

— Eso es exactamente lo que pasó, deberías pensar en cobrar por sus servicios de vidente— le dije divertida.

— Pensaré en eso sí la medicina no funciona, me alegro de que no tengan a donde ir, mañana haremos una fiesta por el cumpleaños de Tomas y tienen que estar ahí— dijo señalando al chico rubio que lo acompañaba—. ¡Tienen que estar! —dijo mientras masticaba una galleta.

— ¡Claro! — dijo Lola poniéndole cara de asco por sus malos modales—. pero ahora debemos irnos porque Emma no puede llegar tarde a otra clase— continuó dándome una mirada cómplice.

Al entrar sentí una mezcla de alivio y decepción, no podía esperar que el profesor Dagger esté en todas las asignaturas, era suficiente con que aparezca en los sueños que me atormentaban por las noches. En cambio, me alegré de que el profesor Adams estaba a cargo del curso de toxicología este año ya que lo conocíamos de los anteriores, las clases transcurrieron con tranquilidad el resto del día, de vez en cuando me encontraba mirando en los pasillos como si esperase encontrarlo, pero me preguntaba qué le diría al encontrarlo, no teníamos nada más allá de los hechos del día anterior y la necesidad que sentía de hablarle no era motivo suficiente para empezar una conversación.

Por la tarde volvimos junto con Jessica, una compañera de piso que compartía algunas clases con nosotras, la cual no pudo evitar mencionar al nuevo profesor, al menos no era la única decepcionada por no haberlo visto, y más sabiendo que al día siguiente no me correspondía ninguna



clase y no tendría por qué ir al campus. Eso debería ayudar para volver a enfocar mi cabeza donde debería estar.

Al llegar a la habitación miré a Lola y ella me devolvió la mirada esperando a que alguna de las dos reaccionara. Nos reímos cuando empecé a correr, tomé unas mudas de ropa que había dejado preparadas en mi cama y corrí hacia el baño mientras ella gritaba que quería bañarse primero como una niña, nos chocamos en la puerta del baño y entramos las dos empujándonos como cuando éramos pequeñas y nos quedábamos a dormir una en la casa de la otra por días, esta vez me paré en la ducha con los brazos cruzados.

— Esta vez yo me baño primero— le dije riendo recordando viejas épocas.

— Está bien, me parece justo— dijo sorprendiéndome con su actitud, antes de poder ver el brillo de maldad en sus ojos en el momento que abrió el agua de la ducha y me mojó junto con toda mi ropa. Grité y reí a carcajadas como no lo hacía hace mucho tiempo, tanto que a ella se le contagió la risa, a eso se referían todos al decir que éramos hermanas.

Al caer la tarde sentí miedo de soñar cosas horribles una vez más y recordé que tenía que ir a la biblioteca, lo cual era perfecto ya que no tenía intenciones de dormir temprano aquel día, tomé mi mochila y decidí ir caminando. Por suerte era un camino seguro, aunque noté que estaba mucho más lejos de lo que recordaba, no me sorprendió llegar y encontrar a tantas personas en el lugar pese a que las clases recién habían comenzado, casi todos compartíamos el mismo nivel de entusiasmo por lo que estudiábamos. Conseguí los libros que necesitaba y aproveché el silencio para adelantar una buena parte del trabajo en mi laptop, pensando de vez en cuando que no podía imaginar como lo hacían las personas antes de toda la tecnología.

No supe cuánto tiempo estuve allí hasta que levanté la vista y noté que un chico que estaba sentado a unas mesas de distancia me miraba fijamente y que ya casi todos se había ido, lo cual me causó un poco de miedo pese a que no solía ser una chica miedosa, permanecí allí por unos minutos hasta que miré mi celular y descubrí que se había quedado sin batería por lo que decidí que era suficiente por un día. Antes de irme me detuve en la sección de psicología mirando los lomos de algunos libros preguntándome si ahí hallaría alguna respuesta acerca de mis extraños sueños, pero sacudí la idea de mi cabeza casi instantáneamente y salí del edificio.

Para mi sorpresa caía una lluvia torrencial, estaba segura de haber visto el pronóstico del clima esa mañana y eso no era lo que anunciaban para nada, tampoco[FB1] podría volver a entrar porque cerrarían en cualquier momento y mi celular estaba muerto, maldije por lo bajo, no era un día

de suerte, abracé mi mochila intentando evitar que el agua llegase a mi computadora y corrí hacia una esquina que tenía un pequeño techo donde refugiarme.

Solo me quedaba esperar que pase la tormenta para poder volver caminando, apenas un minuto corriendo bajo la lluvia alcanzó para que terminase toda mojada y arrepentirme de no haberme puesto más abrigo.

Había pasado más de media hora, aunque no tenía forma de saberlo con certeza ya que la batería de mi celular estaba muerta, la lluvia no daba tregua mientras yo temblaba a causa del frío y rogaba que no se haya mojado nada dentro de mi mochila. Debí haberme quedado en el apartamento, o traer mi bicicleta, o al menos abrigo, pero estaba demasiado distraída como para pensar en cosas tan mundanas como morir de frío en esa esquina. Un auto dobló la esquina y recé porque no me mojase al pasar, pero éste se detuvo a mi lado y abrió la puerta.

Sam se encontraba dentro extendiendo su mano hacía la puerta del acompañante, me alegró verlo, pero no lograba superar la vergüenza que me causaba lo sucedido la mañana anterior.

— ¿Disfrutando de la lluvia? — dijo divertido, con la mejor de sus sonrisas, si fuese posible que alguna de sus perfectas sonrisas sea mejor que otras, miré sus ojos en la oscuridad y mi corazón se aceleró inexplicablemente, pensé que ese hombre iba a volverme loca. Pero pensando claro, cosa que me era imposible si me miraba de esa manera, solo nos habíamos conocido el día anterior y no de la mejor manera, no existía la clase de confianza necesaria para mantener una conversación en este momento.

—Si, muchas gracias— le dije intentando hacer como si nada mientras cruzaba mis brazos para dejar de temblar. En su expresión parecía que no creyera mi respuesta, talvez no estaba acostumbrado a que no caigan a sus pies desde el primer momento.

— Vamos, no puedes seguir enojada por lo de esta mañana ¿Necesitas que te lleve a algún lado?—dijo ofreciendo ayuda, lo que yo necesitaba era no verlo para lograr sacarlo de mi cabeza.

—No estoy enojada, es solo que no me parece correcto— le contesté de un modo casi automático mientras miraba por encima de su auto que el resto de la calle se encontraba desierta.

—Bien, entonces, ¿prefieres quedarte toda la noche esperando que la tormenta pase? —me dijo con un tono incrédulo, pero sin dejar de

mostrar interés.

— No tengo otra cosa que hacer, no me molestaría— le mentí, moría de frío y estaba haciendo mi mayor esfuerzo para no temblar dándole la razón, pero no me atrevía a subir a su coche por mucho que me gustase la idea.

— Está bien, como tú quieras— dijo cortante y cerró la puerta que hasta ese momento mantenía abierta para mí. Me arrepentí por mi anterior respuesta, en realidad no quería que se fuera, pero no podría expresarlo. Esperé a que arranque el motor de su auto pero no lo hizo, en cambio, se bajó y caminó hasta mí, mientras yo observaba como sus cabellos se mojaban y la lluvia no borraba su sonrisa.

—Esperaremos juntos— dijo sorprendiéndome con su actitud mientras se paraba a mi lado con los brazos cruzados, nunca habría imaginado que el mismo hombre que conocí la otra mañana podría ser tan dulce.

— ¿Acostumbra rescatar muchas alumnas en las tormentas? — le dije mientras corría un mechón de mi rostro para poder observarlo, en parte esperando una respuesta sincera y a la vez alegre por el momento que estábamos teniendo.

— La verdad es que no, ¿y tú?... ¿Acostumbras insultar a muchos profesores en el aparcamiento?— me miró a los ojos riendo y me dejó sin palabras, estaba segura de que lo había dicho a suficiente distancia para que no me oyera, sentí un poco vergüenza por su respuesta.

—Solo a los que deciden matarme— le dije mirando hacia el piso para ocultar mi vergüenza, no contestó, al verlo noté que la sonrisa que siempre llevaba en nuestras pocas conversaciones desapareció de su rostro, de alguna manera recordé el sueño de la noche anterior y absurdamente me sentí mal por haber contestado así.

— Sería lo último que haría— dijo y su voz me pareció sincera—. Por favor Emma, vas a congelarte— concluyó, por alguna razón el escuchar mi nombre de sus labios tocó mi corazón.

—De verdad, estoy bien, puedes irte— repliqué, aunque eso fuera lo último que deseaba.

—Eres la mujer más testaruda que conocí, intento que no te congeles esperando durante horas—me dijo mirándome a los ojos, lo que hizo que mis miedos desaparecieran, en cierta forma lo era, toda la vida me remarcaron lo cabeza dura que podía llegar a ser.

Continuamos parados en esa esquina bajo la tormenta, en silencio. Él con sus brazos cruzados sonreía de vez en cuando mirándome de reojo como

si algo de esa situación le pareciera gracioso, pensé que en algún momento se cansaría y se iría, pero no lo hizo, yo abrazaba mi mochila y lo miraba esperando vencer mi timidez.

—Está bien, vamos— accedí finalmente incomoda al ver que la tormenta no pasaría muy pronto. Sam rió mientras abría la puerta del vehículo para mí.

Al subir prendió la calefacción lo cual agradecí y me dio la chaqueta que llevaba puesta, casi parecía mi propio chofer, que diría Lola si se enteraría de eso.

— Gracias— dije—. No fue una buena idea venir tarde y caminando, pero no creí que fuese a llover—admití mirándolo a los ojos, el coche no arrancó, como si pudiéramos poner en pausa el mundo por un segundo ahí dentro, parecía un sueño.

—No hay problema, esto me da la oportunidad de hacer las paces por lo de ayer, pero la próxima procura no tardar tanto tiempo en subir al coche—me dijo y yo no podía creer como a un hombre como él le importaba hacer las paces conmigo, si en realidad era un sueño y me encontraba dormida en la mesa de la biblioteca mataría a quien me despierte en este momento.

—En realidad vine por el trabajo que me asignó así que parte de todo esto es su culpa también—le contesté divertida, de a poco estaba empezando a entrar en confianza y me gustaba demasiado esa sensación.

—No me trates de usted, ¿podemos intentar ser solo Emma y Sam por un momento? —su petición me derritió tanto que ignoré por segunda vez el hecho de que recuerde mi nombre. Sentí como el calor subía por mis mejillas y mi boca se secaba por los repentinos nervios de la situación—. ¿Te puedo invitar a cenar para recompensarte por las molestias causadas? —continuó y si no fuera porque me sostenía la mirada con cada cosa que decía creería que era una broma.

—No lo sé, alguien podría vernos—dije muy a mi pesar—. Sam—agregué para cumplir con su petición, su nombre en mis labios se sentía correcto.

—No tiene por qué ser cerca del campus—dijo demostrando su interés y en verdad después de tanto tiempo con frío tenía hambre, además el plan para esa noche era dormir cuando estuviera muy cansada para no soñar, justamente con él, por lo que no tenía mucho más que hacer.

—Está bien, pero en algún lugar tranquilo, mi ropa y mi pelo aún están mojados soy un completo desastre—le dije con mucha más honestidad de

la que debía.

—Yo creo justamente lo contrario—dijo con su mirada fija en el frente mientras arrancaba el motor.

Me dejó sin palabras, mi vida estos días era un torbellino, mucho más acelerada que en mis 21 años anteriores, pero esto estaba más allá de los límites de mi imaginación. Estaba con el hombre más hermoso que había visto, en su auto hablando como si no fuera yo misma.

Condujo demasiado lejos y en mis pensamientos lo agradecí porque eso permitió que mi ropa estuviera seca al momento de entrar al lugar. Por alguna razón mi instinto que jamás me permitiría subir al auto de un desconocido estaba dormido, calmado, me sentía completamente segura a su lado, casi de una forma irracional. Era un restaurante pequeño y sencillo, lo suficientemente cerca de la costa para dejar apreciar las vistas por la ventana, casi como si le hubiera contado que nada me daba tanta paz y alegría como observar el agua, aunque en este momento mirarlo a los ojos tenía el mismo efecto en mí.

Nos sentamos en una mesa para dos alejada del centro y junto a una ventana lo que le daba un aire de intimidad que hizo que los nervios me invadan una vez más, la mesa tenía dos pequeñas velas que combinaban perfectamente con la decoración rústica del lugar, definitivamente no planeaba terminar así mi noche.

Noté que no había dicho ni una palabra desde que entramos y busqué rápidamente algo que decirle para acabar con el silencio que a él no parecía incomodarlo.

—Es un lugar precioso, no hay nada que ame más que las vistas al mar—comenté mientras miraba como la luz de las velas se reflejaba en sus profundos ojos verdes y casi sentí que acababa de mentir.

—Me alegra escuchar eso, ya que no dijiste ni una palabra en el viaje no estaba seguro a donde traerte, ¿Estamos a suficientes kilómetros de la universidad para dejar de ser tu profesor? —preguntó sonriendo, este hombre necesitaba dejar de sonreír y mirarme de ese modo antes de que perdiera la cabeza.

—A decir verdad, sí, ni siquiera recuerdo su nombre señor—le dije jugando e intentando dejar de lado mis nervios.

Extendió su mano hacia mí.

—Sam Dagger, mucho gusto—dijo mientras esperaba que le diera la mano. Lentamente lo hice y su tacto hizo que un escalofrío recorriera todo mi cuerpo, pero no como un mal sentimiento, se trataba de algo más y mi

corazón se aceleró frente a su tacto, ya no podía controlarlo estos días.

—Emma Hudson—estreché su mano y nos quedamos mirándonos a los ojos sin soltarnos por lo que me pareció mucho más de un minuto hasta que la mesera se acercó con la carta.

Ambos pedimos pasta, recuerdo que mi madre siempre me decía que era lo menos raro para pedir en una cita, aunque no sabía si esto podía calificarse como una.

—¿Puedo preguntar cuántos años tienes? no te ofendas, pero pareces joven para ser profesor—le dije llena de curiosidad y él rió como respuesta.

—29 años y no soy profesor, solo estoy haciéndole un favor a un amigo por unos meses—me contestó y no pude evitar mi cara de decepción al pensar que solo lo vería por pocos meses, la cual él pudo notar. —¿eso es una mala noticia? —agregó como respuesta a lo que reflejó mi rostro.

—No, es solo que disfruté mucho la clase—mentí, de una forma horrible porque ni siquiera recordaba la clase.

—¿En serio? No parecías muy feliz cuando me viste—dijo riéndose de la situación y no me quedó otra que sincerarme.

—La verdad es que no, casi muero de vergüenza al verte al frente de la clase—admití por fin entre risas, él rió también, y supe que su risa quedaría grabada en mi mente durante toda la semana.

—¿Por qué? Si golpear el auto del profesor antes de la clase puede traer buena suerte—dijo riendo.

—Nunca me lo habían dicho, supongo que nos traje buena suerte a ambos —contesté mientras bebía un trago de agua.

—Estamos aquí, ¿no? —agregó y me sonrojé al instante, bajé la mirada y jugué con la comida en el plato para desviar la atención. Rogando para mis adentros poder contestarle.

—Es cierto— dije finalmente mirándolo a los ojos sin poder creer lo simple que resultó que eso saliera de mis labios— Tal vez yo también debería pedirte perdón por mi reacción— agregué.

—Me alegro de que no hayas destruido mi coche— me contestó sonriendo.

La cena fue hermosa, sentí que nos conocíamos de toda la vida mientras hablábamos de todo y de nada a la vez. Me perdí mirando por la ventana

como las olas golpeaban la orilla.

—¿Quieres caminar antes de volver? —dijo como si compartiera mi deseo de que esta noche no terminase nunca.

Salimos agradeciendo que la lluvia haya cesado para caminar por el muelle y nos sentamos observando el mar por un momento hasta que rompió el silencio.

—Necesito que me perdones—dijo finalmente mirando hacia el agua con mucho pesar, eso me dejó confundida.

—¿Por nuestro primer encuentro o por lo que dije sobre que fue tu culpa lo de esta noche? —le contesté un poco perdida—. Por que era un chiste, nada de esto fue culpa tuya, y no me quejo del resultado— dije sincera.

Sam se giró mirándome a los ojos, quedando frente a frente por primera vez a tan corta distancia, casi podía sentir su respiración en mí boca y estaba segura de que él sentía el ritmo acelerado de la mía.

—Si— dijo mientras continuaba mirándome—. Necesito que me perdones por todo—añadió. Sus palabras volaron en mi cabeza por un momento.

—Sam, no necesitas pedirme perdón por nada—le dije desde lo más profundo de mi alma siendo consciente de nuestra cercanía, no supe cómo debía reaccionar a eso aunque miles de ideas pasaron por mi cabeza, pero la realidad es que el simple hecho de estar mirándonos a los ojos me bastaba para tener la sensación de que ese sentimiento era más grande que mi propio corazón, y no sabía cuánto más podría soportarlo.

Como si lo hubiese notado bajó su mirada y tomó mi mano entre las suyas, me pregunté porque no se sentía extraño teniendo cuenta el tiempo que llevábamos de conocernos, cuando volteó mi mano su respiración se detuvo por un momento.

—¿Hace cuánto tienes ésta marca? —preguntó rompiendo con el momento y señalando la cicatriz con forma de media luna en mi mano derecha mientras intentaba cubrirla con la suya.

—Desde los trece años, no te preocupes ya no me duele, fue un accidente casero con una plancha—dije restando importancia al asunto.

Me analizó con la mirada de una forma extraña que me dio la sensación de que había algo en mí que no lograba entender y no volvió a mencionar el asunto, solo se limitó a tomar mi mano como si desearía curar esa vieja herida.

Cuando decidimos volver caminamos bajo la mirada cómplice de la luna sin decir una palabra, fui guardando en mi memoria cada momento para atesorarlo por siempre y deseando más que nada en el mundo que esa noche se termine nunca.



## Capítulo 3

### **Cicatrices de mi pasado**

Sam aparcó frente a mi apartamento y desde la ventanilla podía ver las luces de mi habitación encendidas, Lola estaría esperándome. De repente recordé que había salido hacia horas y no sabría de mi desde ese entonces ya que la batería de mi teléfono estaba muerta, estaría preocupada.

El momento que habíamos compartido fue hermoso y estaba llegando a su fin, me giré para observarlo.

— Espero que hayas pasado una buena noche a pesar de la tormenta— me dijo sin quitar las manos del volante. La noche le sentaba muy bien.

— Si, lo hice, pero todo lo bueno tiene que acabar ¿no? — le contesté con lo primero que vino a mi mente.

— No tiene por qué ser la última vez Emma— agregó mirándome a los ojos, una repentina sensación de nervios y emoción me invadió.

— ¿Te veo el jueves? ¿En la clase? — evadí su respuesta todavía avergonzada.

— No llegues tarde esta vez— me sonrió.

— No hagas que llegue tarde — le respondí riendo. Deseaba que la conversación no termine nunca.

— Será una clase interesante— dijo aun mirándome a los ojos.

— Eso espero— concluí, y sin pensarlo demasiado me acerqué a él y besé su mejilla fugazmente. No sabía si había cruzado los límites, o tal vez no, no lograba decidirme, solo sabía lo feliz que me había sentido al hacerlo. Lo próximo que supe es que había bajado del auto sin poder mirar atrás, ¿había estado mal? ¿él esperaba más? ¿Por qué no me había dicho nada más?

Caminé lo más rápido que pude hasta el edificio y saludé al hombre que se encargaba de cuidarlo como siempre hacía, junté valor y miré hacia su auto. Sam me miró sonriendo haciendo un gesto de saludo con su mano, pensé que tal vez no había tomado mal mi atrevimiento y me arrepentí de no haberme atrevido a más. La mirada de Sam se alejó de mí por un momento y miró atónito al hombre que había saludado hacía unos segundos, quizás se conocían, decidí que le preguntaría luego. Me despedí

con mi mano y subí a mi habitación.

Mientras lo hacía me preparé mentalmente para el interrogatorio decidiendo que tanto le contaría a Lola, al entrar en la habitación ella y Alex me miraban divertidos, una simple inspección en la habitación me sirvió para saber que habían estado mirando películas y comiendo pizza toda la noche.

— ¡Te mataría por dejarme sola y preocupada de no ser porque has bajado de ese auto! — gritó Lola—. Dime ¿quién es el afortunado? — preguntó acomodándose en un almohadón esperando toda la historia. Suspiré, disfruté la calma durante un minuto antes de contarle a mis amigos lo que había sido de mí esa noche.

— Sam Dagger— admití finalmente. Sus miradas se cruzaron, incrédulos. Alex hizo un ademán de atragantarse con una porción de pizza lo que logró que suelte una risa y Lola estaba impaciente por escuchar toda la historia.

—¿Sam Dagger?! ¿EL Sam Dagger, el profesor Dagger? — gritó Lola haciendo un escándalo.

—¡Shh! ¿Quieres que se entere todo el edificio? Por que no pones un cartel en la puerta— le dije riendo.

—¡Deberíamos! — dijo Alex soltando su porción de pizza.

—Ya nos cuentas todo— pidió Lola emocionada. Y eso hice.

Les conté todo lo sucedido y la conversación continuó hasta altas horas de la madrugada para luego retomar la maratón de películas que habían organizado, fue sin duda una noche para atesorar. A pesar del cansancio recordaba cada detalle de nuestro encuentro y al mirar la palma de mi mano toqué la cicatriz como lo había hecho Sam hacia unas horas, eso me hizo sentir más cerca suyo.

Cambridgeshire 1848

Un pié tras otro, es todo en lo que pensaba al cruzar el umbral, un pié tras otro, mentón en alto y este vestido que amenaza con quitarme la respiración tanto como el mundo en el que vivo.

Robert llegará en cualquier momento y mi padre odiaría que los hiciese esperar. Robert Dankworth, el hombre que él siempre soñó para desposar

a su hija, el hombre perfecto para manejar el negocio de la familia. Dankworth por más despiadado y violento que fuese era el hombre ideal para la simple hija del banquero. El día que mi hermano Edward murió supe que mi vida se había ido junto con la suya, a mi padre no le quedaban hijos capaces de manejar el negocio porque el nunca consideraría a una mujer capaz de pensar en algo más que zapatos y sombreros elegantes, por muy equivocado que estuviese.

Intenté convencerlo de todas las formas posibles, de demostrarle que el mundo está cambiando, las mujeres estamos alzando nuestras voces. Isabel tiene primas en América y allí están intentando que nos permitan estudiar en la universidad, tal y como yo siempre desee. Pero mi padre había tomado una decisión, estudiar medicina siempre será el sueño frustrado de la futura señora de Dankworth.

— ¡Niña ya era hora de que llegaras, apresúrate tenemos mucho trabajo por hacer! — Gritó Isabel mientras se limpiaba las manos con su delantal al salir de la cocina—. ¿Dónde has estado? se suponía que volverías pronto, la modista ha dejado los vestidos para esta noche—continuó mientras nos dirigíamos hacia mi habitación, no dejaba de sentirme una niña a su lado.

— Debería aprovechar mejor la única decisión que me permiten tomar sobre mi vida— le respondí con enfado. Isabel se limitó a asentir repetidas veces con la cabeza mientras abría las puertas de la habitación.

Los vestidos eran hermosos, pero nada me entusiasmaba más que la oportunidad que tendría esa noche de hablar con el señor Patterson, amigo de mi padre y director de la universidad de Cambridge, tal vez mi sueño nunca se cumpliría pero podía lograr que si lo haga el de muchas mujeres, aunque hayan robado mi libertad lucharía para lograr la independencia de alguien más.

— Hoy es el día Isa, hoy tendré la oportunidad de entregar las cartas que tus primas enviaron, cambiaremos el destino de Anna— le dije mientras me ayudaba a entrar en el primer vestido que vimos.

— Señorita, sabe que su padre se enojará mucho si cambia el tema de conversación en la mesa, y el horrible señor Dankworth, no me imagino como podría reaccionar esta vez— me contestó con voz de preocupación mientras arreglaba mi falda.

— Hace veinte años te recuerdo que mi nombre es Harriet— me alejé para terminar de arreglar mi ropa sin su ayuda—. Isabel no debes preocuparte por mí, piensa en Anna, imagina que ella no tuviera que soportar limpiar la mugre de esta horrible familia para subsistir, o casarse con un mal hombre para poder comer, ella podría estudiar, podría tener sus bienes no necesitaría sufrir lo mismo que tu— me arrepentí de la forma en que lo

dije cuando las lágrimas rodaron por sus mejillas, era como una madre para mí y Anna era su hija pequeña, ninguna de las dos queríamos que ella tuviera nuestros destinos.

— Tiene suficiente con el tormento de una vida al lado del señor Robert y se carga sobre sus hombros el peso del futuro de otras mujeres— me dijo y supe que ella sabía de la verdadera personalidad que Robert le ocultaba a mi padre, que a sus ojos sería el marido perfecto, pero cuando mi padre salía de la ciudad por negocios todo el personal del banco era tan maltratado como el de la casa, y dentro del personal de la casa Robert me incluía como no podía ser de otra forma. Por mucho que intenté explicarle a mi padre que él no era la clase de persona que demostraba jamás me creyó, para él era solo otro capricho mío, oponerme al futuro que me había regalado.

— Es suficiente razón para ayudar, además por lo que sabemos el señor Patterson podría simplemente ignorarnos y no habríamos avanzado nada— dije para convencerla y aunque noté en su rostro que la idea no le fascinaba busco en el bolsillo de su delantal y me entregó el manojito de cartas.

Esa noche todos estaban más nerviosos de lo habitual, sabían que el trato que mi padre firmaría con el señor Patterson y su socio era por demás importante para el negocio y que todo debía estar en perfectas condiciones. Los pisos habían sido lustrados una cantidad suficiente de veces para sentir que caía al caminar con mis zapatos, habían sacado la vajilla especial y todo lucía como un palacio de cuento de hadas. Hasta que mi prometido llegó. El ambiente a su alrededor se cortaba con un cuchillo, no entiendo como mi padre no lograba ver eso, o quizás no le importaba.

Los invitados de mi padre llegaron a horario, se saludaban y hablaban de mí con Robert como si yo no estuviese en la misma habitación que ellos. Luché contra todos mis instintos para controlar todo lo que deseaba decir y comportarme. Cumplí con mi deber, sentarme, sonreír, asentir y hablar sólo en los momentos que fueran correctos, como otra delicada decoración en la habitación y cuando el trato se cerró supe que podría intentar convencer al señor Patterson.

La cena estaba acabando, en cualquier momento se irían a fumar y quedaría fuera de la conversación, y yo no encontraba un momento para poder mencionarle el asunto.

— De verdad espero que el negocio no esté condenado al fracaso, es muy importante para la economía de la universidad en estos tiempos — dijo el señor Patterson limpiando sus manos con la servilleta.

— ¿Condenado al fracaso? Por favor Patterson, esto no es la declaración de los sentimientos\*— contestó Robert y sentí asco que esas palabras salieran de la boca del hombre con el que debía casarme, no pude aguantarlo más. Por mucho que me hubiese gustado no hacerlo reaccioné a sus palabras.

— La declaración de los sentimientos no estaría condenada al fracaso si los hombres lograsen aceptar que la mujer no es un ser inferior, simplemente apela al derecho de la conciencia y de la opinión, y no es ni la mitad de los derechos que ustedes tienen— las palabras salieron de mi boca casi sin pensarlo, lento y claro, al ver las caras de sorpresa de los socios de mi padre y del señor Patterson, y la cara de odio de Robert supe que esperaba que me disculpe por eso, pero nunca podría arrepentirme por lo que pienso.

— Disculpen, es inútil otorgar igualdad política a dos seres que no son iguales, Harriet por favor, ¿cuántas veces debo explicarlo? — mi futuro esposo me miró ferozmente, sin duda era la clase de hombre con la que nunca pasaría más de cinco minutos en la misma habitación.

— Te lo agradezco, pero eres tú el que necesita una explicación, la mujer debe ocupar en la sociedad la posición que su conciencia le dicte, no nos pueden situar en posiciones inferiores al hombre por una simple diferencia sexual— le contesté retorciendo el mantel con mi mano.

— Les pido disculpas por las palabras de mi futura esposa, está claro que debe estar pasando por alguna etapa emocional, no sabe de lo que está hablando, por favor sepan disculparla— agregó con falsa calma hacia el resto de los presentes, ignorando el hecho de que me encontraba sentada en la mesa a su lado, lo miré y ya no podía contener el odio que sentía en ese momento. Respiré lentamente.

\* Declaración de los sentimientos: Documento basado en la declaración de la independencia de los Estados Unidos en el que denunciaban las restricciones, sobre todo políticas, a las que estaban sometidas las mujeres: no poder votar, ni presentarse a elecciones, ni ocupar cargos públicos, ni afiliarse a organizaciones políticas, ni asistir a reuniones políticas.

—Gracias Robert, pero no necesito que hables por mí, aún no— agregué y pude ver su cara de furia — disculpe señor Patterson me gustaría que tenga esto— le dije entregándole los sobres— espero que pueda darles la oportunidad que se merecen, ahora sí, necesito retirarme— dije mirando a los socios de mi padre y retirándome de la habitación.

Isabel me siguió con un paso acelerado y lamenté mucho el cerrar la puerta antes de que pudiera llegar hasta mí, no quería continuar con esta humillación dejando que me vean llorar.

Pasaron más de dos horas y el silencio en el resto de la casa era atroz, seguía encerrada en mi habitación, estaba segura de que mi padre ya se habría ido para ese entonces, pero no estaba segura de si Robert seguiría en la casa, mi mente no aceptaba la idea de que se haya tragado su orgullo.

Dejé pasar más de media hora y empezaba a preocuparme el resto del personal, me sentía mal por darle la espalda a Isabel, en contra de mi instinto bajé las escaleras lentamente.

La habitación central estaba a oscuras, solo una pequeña lámpara en un rincón dejaba notar que una persona se encontraba todavía en el sillón de mi padre. Robert estaba con un vaso de whisky en una de sus manos y la otra sostenía su cabeza mientras miraba el suelo, tuve la esperanza de que no me haya oído entrar.

— ¿Por qué me lo haces tan difícil? — dijo en una voz ronca y de una forma que me hizo notar que todo el tiempo que estuve encerrada estuvo atiborrándose de alcohol.

— Yo no te he hecho nada, tengo derecho a tener mis propias opiniones— contesté buscando a alguien más a mi alrededor.

— No puedes arruinar todo lo que he hecho con uno de tus caprichos, no puedes desautorizarme ante el resto— posó sus ojos en mí y un escalofrío recorrió mi espalda.

— Esto no va a funcionar si esperas tener ese tipo de autoridad sobre mí— supe que no debí decir eso en el momento que arrojó la botella de whisky en dirección de la chimenea. Por primera vez sentí que lo veía realmente.

— Harriet hice mucho, mucho para llegar a estar donde estoy, y no voy a permitir que una estúpida mujer lo arruine con sus delirios de libertad, vas a aprender a respetarme— dijo sacudiendo mi cuerpo, el simple agarre dejaría un moretón en mis brazos.

— ¿A dónde has llegado? no eres nadie aún, no te equivoques, y no estarías aquí si Ed estuviera vivo, te lo aseguro— le repliqué con bronca intentando liberarme de su agarre.

— Edward no era más que un idiota que no sabía elegir a sus amigos, iba a echar a perder el negocio de tu padre, deberían estar agradecidos de que yo entre a esta familia— me enfureció que hable de esa manera de mi hermano, la situación y sus palabras me hacían sospechar que él

estuviese tras su muerte.

— Quiero que me saques las manos de encima y que no vuelva a salir el nombre de mi hermano de tu sucia boca— le hablé con calma y claro.

Me hizo saber que había llegado al límite de su paciencia, sin piedad me abofeteó, mi cara ardía, sentía un odio inmenso pero no podía perder mi orgullo ante el dejando que las lágrimas brotasen de mis ojos. Los sentimientos batallaban en mi interior, parte de mi me advertía que debía pedir perdón por que veía en sus ojos toda la violencia de la que sería capaz, y parte de mi sentía que ya estaba muerta de todas formas, no podía soportar el simple hecho de pedirle disculpas y vivir a su merced. Sostenía mi cara y el me miraba victorioso, había mostrado su verdadero ser, ya nada lo detendría.

— ¿Por qué me pones en la obligación de reprenderte? ¿por qué te haces esto? — me preguntó cínico, como si yo fuese culpable de su asquerosa personalidad. No pude hallar una respuesta, mis instintos fueron más rápidos, lo miré a los ojos y escupí su rostro, el cual se transformó en una bestia, me empujó sobre la mesa en el centro de la habitación y sentí un ruido y un dolor horrible en mis costillas.

— Maldito desgraciado— le dije casi para mis adentros, el dolor no me permitía alzar la voz ni levantarme del suelo. ¿dónde estaban todos en este momento? ¿por qué estaba sola? Robert estaba fuera de sí.

— Dentro de una semana serás mi esposa te guste o no, y debes aprender a respetarme, no puedo tolerar otra actitud como esta— dijo furioso y tomó un hierro caliente de la chimenea, sentí miedo me levanté del suelo y caminé hacia atrás, por primera vez grité cuando se acercó a mí con el hierro al rojo vivo. Intenté proteger mi rostro y lo pegó en la palma de mi mano, el dolor era insoportable, nunca pensé que fuese capaz de algo así.

— Maldito hijo de puta, ino me casaré contigo ni aunque eso sea lo último que haga! — le grité llorando sin poder contener el dolor.

Me empujó contra una pared, casi ahogándome. Mi padre me estaba obligando a desposar a un asesino. Estaba perdiendo la conciencia, el dolor me estaba ganando la batalla.

La puerta de entrada hizo un fuerte sonido al abrirse, un hombre el cual no reconocí entró en la habitación, tomó a Robert por detrás como si pesara lo mismo que una pluma y lo sacó de encima de mi cuerpo.

Pude respirar, pero mis piernas no lograban mantenerme en pie, caí recuperando el aliento, mientras veía como aquel hombre le daba a

Robert la paliza que me hubiera gustado propinarle yo misma. Mi mano ardía y recordé que estaba en carne viva.

El hombre puso a Robert contra la pared tomándolo de la garganta con tal fuerza que sus pies no tocaban el suelo.

— Si valoras tu asquerosa e insignificante vida te iras de aquí en este momento y no volverás a causarle daño a esta familia— dijo el hombre y sus palabras resonaron en la habitación—. De otra forma te buscaré hasta el fin del mundo y te mataré tal y como te mereces— siguió, yo observaba como el miedo que había sentido hasta hacía un momento se expresaba en el rostro del maldito Dankwoth.

El hombre lo soltó y él como si fuera solo insecto se las apañó para correr fuera de la casa.

Me sentía aliviada pero no podía evitar que las lágrimas brotasen de mis ojos, el llanto era desesperado, por el dolor, la humillación, el miedo, y el alivio de sentir que había una mínima esperanza de que ese maldito no vuelva jamás.

Aquel hombre que me había salvado se acercó a mí, estaba segura de que no lo había visto nunca en toda mi vida, por que de otra forma lo recordaría. Se arrodilló junto a mi tomando mi mano, que ardía como si estuviese en llamas.

— Lo siento mucho, debí llegar antes, de verdad lo siento— me dijo apesadumbrado— mira tu mano, lo siento — siguió mirándome a los ojos. Por un instante sentí que el dolor insoportable se había ido, sus ojos me hacían sentir la paz por la que estuve rezando toda mi vida, parecían ser de un hermoso color verde. No recordaba conocerlo, ¿por qué se veía tan apenado si nada de todo esto era culpa suya?.

— Vamos, te llevaré a tu habitación, debes descansar y debe verte un médico de inmediato—me cargó en sus brazos y subió las escaleras. Me recostó en mi cama y todo mi cuerpo dolió, tenía la sensación de que no podría levantarme de mi cama en semanas. Al tomar distancia pude ver lo atractivo que era.

— Creo que no nos conocemos, pero tengo que agradecerte por defenderme, no sé qué sería de mi si no hubieses irrumpido en la casa— dije sinceramente, y me guardé para mí las dudas sobre como supo lo que estaba sucediendo.

— Me llamo Samuel, no me agradezcas. Debí llegar antes, debí haberlo matado— me contestó molesto mientras vendaba mi mano derecha para



curar la horrible quemadura.

— Sam, salvaste mi vida, aún no logro entender cómo, pero lo hiciste y estoy en deuda contigo por siempre — afirmé mirando sus ojos —. Una parte de mí también desearía que lo hubieses matado, siento que esta no es la primera vez que lastima ésta familia — dije secando las lágrimas en mi rostro.

— Si de mí dependiese estaría muerto, pero no me permiten hacer algo así— me contestó cubriendo mi cuerpo con una manta, no me atrevía a preguntar del todo que sucedía, había algo oscuro que no entendía, pero al mismo tiempo sentía que había una luz muy grande en él y a pesar de estar con este hombre extraño en mi habitación me sentía protegida. La tormenta había pasado y de a poco perdí la conciencia.

Los rayos de luz que ingresaban por la ventana pegaban en mi rostro y una horrible jaqueca ya estaba atormentándome, el dolor en las costillas aún estaba presente y la horrible quemadura en mi mano parecía empezar a cicatrizar. Sam estaba allí sentado en una esquina de la habitación, no parecía haber dormido ni mostraba ninguna señal de cansancio, estaba perfecto. Parecía un sueño cuando se dirigió hacia mí para ayudarme a sentarme en la cama.

— Te has quedado aquí toda la noche — dije incrédula.

— Necesitaba estar seguro de que estabas bien y de que él no volvería— me dijo corriendo un mechón de pelo de mi rostro, rozó con sus dedos mi mejilla y sentí un dolor que me recordó la forma en la que Robert me había abofeteado anoche, seguro Sam notó la marca en mis mejillas, pensar en eso me hizo sentir avergonzada e indefensa, lo cual no me hacía muy feliz. Pero mi cuerpo reaccionó a su tacto entrecortando mi respiración y acelerando mi corazón.

— Sam ninguna palabra es suficiente para agradecerte, de verdad pensé que él me mataría, no sé qué sería de mí de no ser por ti, y te has quedado cuidándome toda la noche, eres un ángel— le hablé mirándolo a los ojos. Sam miró fijo los míos al oír mis palabras, sentí lo mucho que se puede decir con una mirada.

— Me quedaré a cuidándote el tiempo que sea necesario Harriet — me respondió y el asombro hizo que no sienta el dolor. Había dicho mi nombre, sin que se lo mencione. Había pasado toda la noche mirándome dormir para cuidarme, y prometía que seguiría haciéndolo. ¿Quién era este hombre?

Él miraba mi mano, ignorando toda la confusión que pasaba por mi cabeza, perdido en sus pensamientos y como si deseara poder curar la herida. Yo sabía que llevaría esa dolorosa marca en forma de media luna

en mí mano derecha por siempre.

## Capítulo 4

### Capítulo 4: Bailando en las sombras

El día de regresar a la clase de Sam mi cabeza no dejaba de dar vueltas pensando cómo debería actuar, tal vez debería ignorar nuestro anterior encuentro, hacer como si nada de todo eso hubiese pasado, como si pudiese pensar en otra cosa que no sea en él. O tal vez eso le haría creer que para mí nuestro breve encuentro no fue tan importante y dejaría pasar la remota idea de poder estar juntos. Ahora solo puedo pensar que si tan solo hubiese estado menos distraída en aquel entonces los acontecimientos que siguieron a ese día habrían tomado otro rumbo y aún conservaría mi vida normal, pero ¿Cómo puedes lamentar esa pérdida cuándo te enfrentas a lo imposible? ¿cómo puedes volver el tiempo atrás y olvidar una verdad más grande que tu propia existencia?

El día anterior estuvimos hablando con Alex y Lola suficiente sobre el asunto como para sentirme apabullada, para mi suerte antes de la clase nos encontramos con un grupo mayor de compañeros esperando a que comience y la conversación había tomado otro rumbo. Tampoco es como si hubiese tenido noticias de él, como era de esperarse porque nunca se me ocurrió pedirle su número, cosa que sería lo primero que cualquier otra persona haría, pero yo, que me encontraba en las nubes a su alrededor no sentí que aquello fuera necesario.

El resto comenzó a ingresar poco a poco y así lo hicimos nosotros. Sam estaba parado frente a la clase, al observarlo organizando los trabajos que todos le acercaban a medida que llegaban me sentí una tonta, por supuesto que todas las alumnas estarían fantaseando con él, ¿cómo era tan ingenua para creer que tendría una verdadera oportunidad? Recordé la sugerencia de Lola y la charlas del día anterior cuando se divirtieron ideando las formas más estúpidas de darle mi número y como nos reímos toda la tarde de sus ocurrencias. Tomé el trabajo de mi bolso y me acerqué a él.

— Emma, me alegro de verte, quiero creer que tuviste tiempo suficiente para entregar el mejor de los trabajos ¿no? — me dijo sonriéndome con una mirada cómplice. Me pregunté si recordaría el beso que le di en su mejilla tanto como yo.

— Por supuesto, y debo agradecerle que el trabajo no esté completamente mojado— sonreí desviando su mirada antes de volver a mi lugar.

Durante toda la clase lamenté que solo se fuera a quedar unos meses,

aunque tal vez sería lo mejor para mi salud mental.

— Hey— Lola me sacó de mis pensamientos golpeándome con el brazo.  
— ¿Qué dijo después de "vestibular y sublingual"? — preguntó sin despegar la vista de su cuaderno.

— Perdón, no estaba muy atenta, deberías preguntarle a Alex— admití sintiendo un poco de vergüenza.

— ¿preguntarle a Alex? Wow, creí que este día jamás llegaría.

— Emma está muy ocupada mirando a Dagger como si fuese comestible— dijo Alex asomándose desde su lugar detrás de Lola.

— ¡No es cierto! sólo estaba pensando en los materiales que necesito para la clase de mañana— me defendí.

— Claro, unas esposas para atarlo al escritorio— contestó Lola y comenzaron a reír. Agradecí que estemos sentados al fondo de la clase.

— Recuérdenme al salir de aquí no hablarles nunca más— les dije riendo.

— Nos amas, no puedes evitarlo, pero si sigues mirando así a Dagger voy a ponerme celosa— contestó Lola jugando.

— Sabes que eres mi favorita— le contesté continuando su broma.

— Odio decir ésto pero ¡Dejen de desviar mi atención! — agregó Alex agarrando su cabeza dramáticamente.

— ¿y desde cuando nosotras somos la mala influencia? — le respondí riendo, sin quitarle mis ojos de encima a Sam, cuya mirada se encontró con la mía y casi creí que me dedicó una leve sonrisa.

Logré concentrarme lo suficiente durante la clase, aunque por momentos recordaba pequeños detalles de nuestro encuentro anterior. Al salir miré hacia atrás deseando que el tiempo pase rápido y llegue la clase siguiente para volver a verlo.

— ¿Qué van a ponerse para la fiesta de bienvenida de esta noche? ¡deberíamos realizar una salida de comprar de emergencia!  
Definitivamente este año no puedes usar color rojo Alex— exclamó Lola sorprendiéndonos.

— ¿Es esta noche? Lo olvidé por completo, no entiendo por qué este año

lo hacen un jueves— dije mirando el calendario en mi celular.

— Comenzó la crisis del "no tengo qué ponerme" señores, mejor nos vamos— agregó Alex riendo con Chuck y Tom.

— Por favor, no somos tan básicas, algo vamos a encontrar— le contesté.

— ¿Perdón? ¡Deberíamos ir todos de compras! — dijo agarrando su celular para organizar la salida.— ¡Y podríamos ir a la nueva cafetería de la que todos hablan! Me muero por ir, ¿cómo se llamaba? ¿Gardenland? — preguntó mirándome

— Gardenplace, siempre lo olvidas, y no iremos, tienes suficientes vestidos para repartir a todo el edificio, si salimos de compras juntas voy a terminar desmayada antes de poder ponerme los zapatos para asistir a la fiesta— le contesté riendo.

— Ay mi Emma, creo que te amo — dijo Alex abrazándome y comencé a reír por la cara de rabia que le regaló Lola. Al final del pasillo Sam nos miró antes de seguir su camino y no pude evitar sentirme incomoda por lo que él podría imaginar de la situación.

— Acabas de perder a tu mejor asesora de moda, espero que lo sepas— dijo Lola bajando dramáticamente las escaleras, si no la conociéramos hubiésemos creído que estaba realmente enojada.

Utilizamos el resto del día para ponernos al día con las materias y cuando todo estuvo terminado Lola comenzó a organizar el guardarropa para esa noche, si por organizar se puede entender quitar todos los vestidos que encontró y ponerlos por todo el apartamento, hasta decidir cuál era el mejor. Yo aproveché para realizar una video llamada con mis padres esperando que estén todos en casa por que no había pasado ni una semana y ya los estaba extrañando.

—¡Em! Por fin llamas, tu padre lleva diciéndome que te llame desde hace tres días, ¿cómo está todo por allá? —dijo mi madre emocionada. — John ven rápido Emma está en la computadora— llamó a mi padre gritando.

—No estoy en la computadora, estoy en el campus aun—dije riendo y escuché la risa de Maggie por atrás.

—Claro que si Em "estas en la computadora" —dijo Maggie haciendo comillas con los dedos burlándose de mamá.

—Ya veo quien va a comer vegetales—contestó mamá hablándole a

Maggie— cuéntanos ¿Qué tal las clases? — siguió.

—Todo muy bien mamá, es la primera semana, estamos muy tranquilas todavía— le respondí.

—Eso veo, ¿Qué es todo ese desorden? ¿Tienen una fiesta? — preguntó mirando de cerca la pantalla.

—Es solo Lola, tenemos la fiesta de bienvenida de la universidad, no es gran cosa— dije y Lola se acercó a responder.

—¡Hola señora Nancy! Ya los extraño, explíquele que es un evento importante a su hija— dijo saludando a mi madre.

—Nosotros también te extrañamos, puedes venir cuando quieras, no creo que nadie pueda cambiar la cabeza dura de Emma— le contestó riendo mi madre.

—¡Es que este año tiene que estar hermosa! — dijo Lola guiñándome un ojo, supe que no debería haber llamado con ella en la habitación.

—¿Cómo es eso? ¿Hay alguien especial? — preguntó mamá y Maggie se acercó corriendo a la computadora.

—¡Emma tiene novio! —gritó

—¿Emma tiene novio? — se escuchó la voz de papá a lo lejos, ahora sí, mataría a Lola.

—¡Ay por favor no!, no tengo novio. Para nada, Lola está bromeando— les dije a todos y se convencieron— ¿Cómo están ustedes? ¿Estas tomando tu medicación papá?

—Claro que si Em no te preocupas, tu madre y Maggie hacen un buen trabajo, no dejan que me olvide de nada— me respondió, su salud era algo que me atormentaba todas las noches, no podía imaginar perderlos a ninguno de ellos, eran mi vida entera.

—Gracias, cuidense mucho—les pedí.

—Tu eres la hija, nosotros deberíamos decirte eso— agregó mi mamá.

—Lo sé, no puedo evitarlo, bueno, voy a cambiarme antes de que Lola empiece a revolearme con los vestidos— dije riendo y haciéndoles señas de saludo.

—Pórtense bien y cuídense niñas, ¡las amamos! —Saludaron mis padres.

—¡También los amo! —dije y Lola me hizo un gesto para que la incluya en el saludo—. ¡Los amamos! Adiós— dije y corté la videollamada.

—Voy a matarte—le dije mientras cerraba la computadora, ella hizo un gesto como si no le importara en lo más mínimo.

—claro que sí, pero primero, ¿azul o bordó? —dijo poniendo dos vestidos delante de mí.

—Creo que el azul oscuro estará bien con unas medias y stiletos— le contesté decidiéndome rápidamente.

—Sin medias. Quiero que se vean los detalles del encaje, y no las necesitas— me dijo feliz, la moda era lo suyo tanto como la medicina, y se tomaba ambas cosas con la misma seriedad.

—Esta bien, sin medias, confío en ti— contesté y se alegró—. Eso fue rápido— dije en voz alta sorprendida y me giré a verla preparando el maquillaje, iba a ser una larga tarde.

Mas tarde Alex pasó a buscarnos en su auto e insistió en sacarnos una foto todos juntos, también discutieron con Lola por la cantidad de envoltorios y latas que tenía en su auto, a veces escucharlos me hacía creer que eran una pareja casada. Al llegar y comenzar a caminar por el pasillo donde todos estaban tan elegantes dos pensamientos eran recurrentes en mi mente: el primero ¿Quién me mandó a ponerme estos zapatos insoportables? Y el segundo que ganaba mas espacio en mi mente a medida que avanzábamos al salón principal ¿Estaría Sam, y me miraría entre toda la gente a mí? Comenzaba a ponerme nerviosa y buscarlo casi inconscientemente por todos lados. Todos nuestros amigos ya habían llegado, Alex se juntó con Thomas y Chris también estaba ahí, esperaba que su interés por mi ya no exista, Marlene nos hizo una seña para que vayamos con ellos.

—¡Están todos muy elegantes! Lola ese vestido rojo queda perfecto con tu pelo— le dijo, era cierto, Lola sabía llevar su cabello pelirrojo y lucirlo.

—Gracias, todos están muy lindos, sería mejor si fuera un poco menos formal y los directivos no estuvieran aquí—le contestó Lola mirando alrededor.

—Por eso mismo la fiesta continua en lo de Chris—agregó Thomas, no me sorprendía que la fiesta continúe con ellos, le hice una seña a Lola para que no cuente con ello.

—Tampoco es tan malo que haya directivos y profesores, digo... el nuevo profesor Dagger parece sacado de una película— comentó Jessica indiscretamente, al menos pude saber que estaba por aquí, esperaba poder verlo, aunque sea a lo lejos.

—Y según dicen les da una oportunidad a sus alumnas— dijo Marlene riendo, me puse tensa al escuchar eso.

—¿Cómo es eso? —preguntó Lola y se lo agradecí por dentro.

—Dicen que vieron a una chica subiendo a su auto al salir de la biblioteca, pero aun no sabemos quien es, supongo que hay chances con él— dijo Claire, otras de las chicas del grupo. No sabía como reaccionar a lo que escuchaba, ¿hablaban de mí? O aun peor ¿yo solo era una de las tantas que cayeron en su trampa? Era demasiado orgullosa para ser simplemente una más, por mucho que no pueda sacármelo de la cabeza, necesitaba aclarar la situación. Alex estuvo ahí para rescatarme de la incomoda situación, y de mis pensamientos.

—Vamos a bailar, se que amas ese tema— me dijo y se lo agradecí. Nos dirigamos a donde todos estaban bailando y comenzamos a bailar lentamente.

—Gracias Al, de verdad necesitaba escapar de esa charla, ¿será verdad lo que decían? — le pregunté aflijida.

—No lo sé, pueden estar hablando solo de ti, no pienses demasiado—me intentó convencer, pero no era tan fácil conmigo.

—¿Y si no es así? Soy una tonta— dije afligida, el me abrazó en el baile.

—Si no es así tendré que romperle la cara al profesor y estaré en muchos problemas por tu culpa— dijo girándome, le agradecí que intente animarme, tal vez estaba todo en mi cabeza, pero estando mal en este momento no iba a solucionarlo, Alex tenía razón.

La música cambió a una mas alegre y le hicimos señas a Lola para que se una a nosotros, me decidí a disfrutar ese momento con mis amigos y no dejar que ningún pensamiento me lo arruine, por que al fin llegamos a nuestro último año, teníamos razones suficientes para ser felices. Bailamos y cantamos como si nadie mas estuviera a nuestro alrededor, como si fuera otra noche mas en nuestro apartamento o en nuestras vacaciones juntos, hasta que mis pies me pidieron parar. Los dejé seguir bailando juntos para ir al baño a retocarme el maquillaje y el peinado, al menos si para el era una mas debería estar arreglada para decirle que se olvide de mí, y si no lo era entonces con más razón quería verme bien.



Al salir del baño lo vi, estaba perfecto, las chicas tenían razón, ese traje lo hacía ver como sacado del cine, era simplemente hermoso. Estaba al final del pasillo. Pero no fue su belleza lo que rompió mi corazón, sino la rubia que tenía justo enfrente con la que estaba teniendo lo que parecía ser una intensa conversación, y la cual no tardó en agarrarlo del brazo y sacarlo del pasillo. Eso era todo, era una más, pero no iba a serlo por mucho tiempo.

Esta bien Emma. Cálmate. Eres una mujer fuerte. Respira, camina por ese pasillo con la frente en alto por que un tropezón no es caída, es solo un hombre y el mundo está lleno de ellos.

Eso hice, junte los pedazos de mi corazón, que vaya a saber Dios por que se sentía tan roto si aún ni nos habíamos besado, no habíamos compartido mas que una cena, charlas y miradas que se quedarían solo en eso porque no iba a permitir que juegue conmigo, quería pensar que era todo un malentendido, pero las circunstancias no estaban ayudándome.

Regresé con el grupo, todos seguían bailando y divirtiéndose y decidí que eso es lo que haría, luego saldría de allí, volvería a nuestro apartamento y no pensaría ni siquiera en preguntarle a Dagger que estaba ocurriendo.

—Disculpe ¿Señorita Hudson? — una voz me sacó de mis pensamientos y me giré para encontrarme con el hombre que me hablaba. El profesor Adams esperaba mi respuesta, no esperaba que sepa mi apellido y no se me ocurría que podría necesitar de mí.

—Si, soy yo profesor Adams, ¿Qué necesita? —le pregunté, era un hombre mayor, de unos 50 años, siempre nos pareció un señor amable y muy dedicado a su clase pero nunca habíamos hablado con el fuera del salón.

—Me envía el rector a buscarla, le gustaría tener una charla con usted sobre una oportunidad—se detuvo y miró a mis amigos que estaban a mi lado—. Pero le gustaría que sea en privado—continuó. Los miré sin estar muy segura de que responder.

—Está bien profesor, ¿me paso mañana por su oficina? — pregunté acomodando mi vestido, el cual de pronto recordé que era demasiado corto para estar delante de este profesor.

—En realidad el esperaba que pudiera pasarse ahora, si es posible—continuó amablemente, no tenía otra opción así que decidí acompañarlo, no se que me ocurría por que me estarían llamando a mí especialmente, mi promedio era alto pero estaba segura de que no era el mejor de la clase.

—Bueno está bien, ¿Dónde se encuentra el? — dije intrigada.

—Por acá por favor, la acompaño— contestó y comenzó a caminar, lo seguí por detrás y me giré para hacerle una seña a Lola para que me cuide la cartera que dejé sobre la mesa.

El profesor Adams me guiaba por la parte de atrás del salón principal, no conocía ese camino para llegar a la oficina del rector, pero el edificio era inmenso y siempre decían que nunca terminas de conocerte todas las formas de llegar al mismo lugar, aún estando en el último año a veces nos perdíamos buscando un nuevo salón. Bajamos unas escaleras y sentí que algo en esa situación no estaba bien, mi corazón empezó a acelerarse en mi pecho y algo dentro de mí me decía que no debía estar allí, pero otra parte me decía que no sea desconfiada, si ellos querían ofrecerme alguna oportunidad laboral no quedaría como una persona cuerda si salía corriendo en ese momento.

—¿Está seguro de que es por este camino? —le pregunté un poco asustada.

—Si, quédese tranquila señorita, el rector nos pidió que nos busquemos a algunos de los mejores promedios y los reunamos, debería sentirse orgullosa— contestó, pero no me sentía orgullosa en ese momento, tenía miedo, me sentía indefensa, comencé a tocar mi vestido y noté que mi celular estaba dentro de la cartera que dejé sobre la mesa, me maldije por dentro por ser tan despistada.

Continué siguiéndolo, pero levemente desaceleraba el paso para quedar justo por detrás de él, el profesor abrió una puerta y todo fue muy claro para mí.

La puerta daba al exterior, no había reunión, ni rector ni promedios que importen, me había engañado, ¡el profesor Adams me había engañado! Nunca desconfiaría de ese hombre después de tantos años de tomar sus clases, era la persona perfecta para hacerlo. Todo sucedió en un instante, intenté correr hacia atrás, regresar por el pasillo al salón principal del edificio, pero como si lo hubiese adivinado me tomó de los hombros y me empujó hacia afuera con demasiada fuerza que no pude mantenerme en pie y cerró la puerta. Estábamos detrás de edificio, la calle estaba oscura y la fiesta era lo suficiente ruidosa para que nadie escuche mis gritos, quise llorar, pero no iba a terminar ahí. Me puse de pie mientras él se acercaba a mí, todo mi cuerpo temblaba, a veces uno imagina que haría en cada situación creyendo que nunca le pasará nada igual, pero en ese momento las palabras y las acciones no salen como esperamos.

—¿Qué está haciendo? ¡Aléjese de mí! — grité espantada y le propiné una

patada que lo hizo enfurecer.

—Eres bastante estúpida si crees que nos interesa tu promedio— dijo entre dientes mientras se acercaba a mí nuevamente. ¿Nos? Había alguien más, no podría defenderme así, me quité los zapatos y se los arrojé lo mas fuerte que pude con la esperanza de distraerlo y poder correr. Lo hice, pero no llegué tan lejos por que un hombre salió detrás de el y me volvió a poner contra la pared con solo empujarme. Grité en vano porque nadie me oía, y recordé todas las cosas de defensa que mi padre me había enseñado hace unos años, pero solo pude forcejear con esos hombres hasta que no pude más y lloré. ¿Qué querían de mí?

—¡Malditos hijos de puta, suéltenme! —grité y mi voz se quebró dando paso a las lágrimas.

—¡Ya la escucharon! —la voz de Sam resonó en mis oídos. Pude ver como se encargaba del otro hombre desconocido y aproveché la distracción del profesor para darle una buena patada de la cual mi padre, mi eterno profesor de defensa personal, estaría orgulloso. Sam les dio a los dos una buena paliza antes de que puedan reaccionar y yo sentí como la adrenalina abandonaba mi cuerpo y comenzaba a desmayarme.

Abrí mis ojos y sentía que aun estaba en movimiento, eso empeoraba la sensación de mareo que tenía. Tampoco reconocía el lugar donde me encontraba al principio hasta que Sam me recostó sobre una cama, supuse que me encontraba en su casa, el dolor de cabeza que sentía era horrible.

—Emma, estas despierta, gracias a Dios, estaba a punto de llevarte al hospital si no despertabas, ¿Cómo te sientes? ¿quieres ver a un médico?  
— me dijo al mismo tiempo que acomodaba unos almohadones debajo de mí cabeza y noté preocupación en su voz.

—Me duele la cabeza... ¿Qué paso con...ellos? —dije asustada, miré el resto del lugar, parecía ser un piso en un apartamento, seguramente era el suyo.

—Me encargué de ellos— dijo enojado mientras buscaba algo en su armario.

—¿Cómo que te encargaste? —pregunté preocupada.

—No te preocupes por eso ahora Em, debes descansar, ¿quieres tomar algo? — me preguntó mientras colocaba unas prendas sobre la cama.

—No, gracias. Y gracias por aparecer no sé qué hubiera pasado—le contesté tocando mi vestido para notar que estaba mojado, recordé que mi ropa se mojó cuando Adams me empujó fuera del edificio, los

recuerdos de ese momento me daban una sensación horrible en el cuerpo. Entendí que las prendas que dejó sobre la cama eran para mí pero que no aún no me lo había dicho.

—¿Eso... es para mí? —pregunté confundida, Sam parecía perdido en sus pensamientos y furioso a la vez, tanto que me causó temor.

—Si, supuse que querrías cambiarte de ropa para descansar, perdona, pero no puedo dejar que pases la noche sola en tu apartamento mientras todos están de fiesta— explicó molesto con la situación. Lo entendí, junté fuerzas a pesar de que todo mi cuerpo dolía y tomé la ropa que puso en la cama para mí.

—Gracias, ¿Dónde está el baño? —le pregunté y me indicó con su mano la dirección, se veía realmente enojado, y yo también lo estaba, asustada y confundida, unas horas antes estaba decidida a no volver a hablarle por las cosas que parecían indicarme que él no era la clase de hombre que creí, y ahora estaba en su apartamento con demasiadas ganas de decirle que me salvó la vida.

Entré a su baño y revise la ropa que me estaba prestando, una remera de algún equipo de fútbol americano cuyo escudo no lograba reconocer, unos pantalones que automáticamente supe que no podría ponérmelos, pero mi vestido era todo lo que tenía y estaba arruinado. Aproveché para aseo, aunque no tenía la fuerza necesaria para mantener en pie en la ducha por lo que no consideré la opción, me puse la remera que me dejó y no era mucho más larga que el vestido que antes llevaba puesto por lo que sin pensarlo demasiado decidí que eso bastaría si no salía de la cama hasta que mi vestido esté limpio. Antes de salir no pude evitar revisar el gabinete de su baño, sabía que estaba mal, muy mal, mi madre se avergonzaría de aquello, aunque Lola me aplaudiría de pie, no encontré productos de mujer como esperaba, ¿Cómo podía pensar en eso en una situación así?

Salí del baño y al ver su cara de asombro pude notar que de verdad esperaba que me ponga esos pantalones, por lo que me metí rápidamente en la cama y me cubrí con las sabanas. Hasta ahí llegaban mis fuerzas, todo mi cuerpo me estaba haciendo sentir las últimas horas.

—Gracias, no se como agradecerle lo que ha hecho por mí— dije mirándolo fijamente mientras preparaba un té en su cocina, su apartamento no tenía divisiones en las habitaciones, pero estaba todo bastante ordenado para ser que él vivía allí.

—¿Me tratas de usted nuevamente? —dijo acercándose a mí y dejando el té en la mesa junto a la cama, como si debatiera entre sentarse o no a mi

lado.

—Perdón, mi cabeza me duele demasiado, no logro pensar claro—le contesté sinceramente, apoyó su mano en mi frente y su tacto me tranquilizó, era real, y me estaba cuidando.

—¿Qué puedo hacer para que estés mejor? ¿quieres ir al hospital? —me dijo preocupado. Miré alrededor en busca de fotos en su apartamento.

—No, ya has hecho suficiente Sam, espero que esto no te traiga problemas— expresé esperando su respuesta.

—¿Qué clase de problemas? — preguntó mientras colocaba mi vestido en la lavadora, recordé que no había visto mis zapatos desde el horrible momento detrás del edificio.

—Quiero decir, problemas con tu novia, los vi discutiendo hoy, no creo que esté feliz si me ve ocupando su cama— respondí mirando hacia abajo, él se sentó a mi lado y dirigió mi mirada hacia la suya con un dedo bajo mi mentón, fue el gesto más simple y a la vez el más amoroso que alguien había tenido conmigo.

—Emma no hay nadie más en mi vida—dijo y recordé la conversación de hoy en la fiesta. Corrí su mano de mi rostro.

—¿y las demás alumnas que subieron a tu auto? — pregunté más triste que enojada, no tenía derecho tampoco a hacer esa pregunta.

—Eres la única que lo ha hecho, y no tengo intenciones de esperar a otra testaruda bajo la tormenta durante horas hasta que ella tome la decisión de subir a mi coche—me respondió, yo me derretía en sus ojos verdes sin poder creer las palabras que salían de su boca—. ¿Por qué clase de hombre me tomas? —continuó. No sabía que contestar, comencé a estrujar las sabanas en mi mano para calmar mis nervios.

—Perdón, tampoco soy nadie importante para preguntarte eso, no estoy pensando claramente— me arrepentí.

—Si lo eres, ay Emma, si supieras que estoy volviéndome loco, y te sucede esto ahora. ¿Cómo lograron llevarte hasta ahí sola? —preguntó, supe que no estaba comprendiendo todo lo que deseaba decirme, apoyé mi mano sobre la suya sin pensarlo como si el corazón dictara esa acción.

—Yo... no sé, Adams me engañó, nunca sospeché de él— dije y las lágrimas comenzaron a rodar por mi rostro, Sam me abrazó y de repente sentí todo el miedo y el dolor que tenía y que hasta ese momento había reprimido, lo último que supe es que me abrazó hasta que las lágrimas se

convirtieron en cansancio.

Los rayos de sol que entraban por la ventana y golpeaban mi rostro lograron que me despertara, el dolor de cabeza aun estaba ahí, pero todo lo demás había desaparecido, no recordaba la suficiente de la noche anterior pero estaba segura de haber llorado lo suficiente abrazada a él, en ese momento me di cuenta en el estado en el que me había visto y me avergoncé, miré a mi alrededor y estaba claro que Sam había dormido en el sofá, a pesar de que en la cama había suficiente espacio para ambos. Me levanté lentamente y me dirigí al baño para asearme y quitarme todo el maquillaje de la noche anterior. Un ruido desde su cocina me sacó de mis pensamientos, una sensación de miedo me invadió y supe que aun no estaba completamente bien luego de la noche anterior.

—¿Sam?! ¿eres tú? —pregunté desde el baño.

—Si Emma, aquí estoy, ¿Qué necesitas? — preguntó, oír su voz tenía un hermoso efecto tranquilizante, pero no quería admitir que aun estaba asustada por lo que tuve que buscar una excusa rápidamente.

—Si... yo solo quería preguntarte si podía tomar una ducha—grité mientras me miraba al espejo mi propia cara de decepción, tenía el don de reírme de mi misma.

—Claro, lo que tu quieras— respondió dulcemente. Empecé a recordar sus palabras de la noche anterior, ¿realmente había dicho que no había mas en su vida? ¿todo esto no estaba sucediendo en mi cabeza? ¿sentía algo por mí?, todo lo que hacía últimamente era coleccionar preguntar a su alrededor.

Comencé a ducharme y me di cuenta de lo mucho que necesitaba ese momento de paz, aunque no me tardé demasiado por que no me sentía con tanta confianza, me vestí rápidamente con la camiseta que me prestó y lavé mis dientes de la mejor forma que pude ya que no tenía cepillo, ni cartera, recordé que no tenía mis pertenencias conmigo, ni siquiera mi celular por lo que mis amigos no tenían noticias de mi desde anoche, tendría que encontrar la forma de comunicarme lo antes posible. Sali del baño y fui consciente que solo vestía una remera grande, que podría pasar como vestido, pero aun así era muy poca ropa para la situación en la que me encontraba.

Sam me observó desde la cocina de una forma que no logré descifrar y yo también lo miré fijamente sin decir una palabra. Estaba hermoso, tenía solo una remera y unos jeans, no era su atuendo habitual, pero era mi favorito hasta el momento por que dejaba ver su pecho y sus brazos. Basta Emma, debes pensar claramente.

—Gracias, de verdad lo necesitaba, y gracias por lo que hiciste por mi anoche— le dije acercándome al centro del apartamento donde el se encontraba—. No debías hacer tanto, no se como agradecerte— continué mirándolo a los ojos. El solo me miraba con una taza en su mano, supuse que estaría haciéndonos un desayuno.

—No debes agradecerme por algo que hice por mí mismo— me respondió y su mirada se tornó indescifrable para mí. Mi corazón se aceleró ante su respuesta, como si supiera lo que mi mente aún no sabía.

—¿Cómo que lo hiciste por ti mismo? — dije lentamente sin saber que esperar.

—Por que no puedo vivir sin ti— sus palabras resonaron en la habitación. Mi corazón se salía del pecho, yo estaba de pie a unos metros de distancia, mi respiración se agitó y sentí que podría desmayarme en ese momento. No pude contestar, nuestras miradas estaban entrelazadas una con la otra. La taza tocó el suelo y se deshizo en cientos de pedazos como yo cuando sus labios tocaron los míos, como si supiéramos el momento exacto para unir nuestros cuerpos y fundirnos en el mas dulce de los besos por primera vez. Siempre creí que las almas tienen memoria y la mía sabía cuánto necesitaba ese beso. Sus labios no podían ser mas tiernos, pero como si fuera un asunto de simple necesidad el beso se transformo en algo poderoso, me tomó en sus brazos y abracé su cuerpo con mis piernas con la necesidad de estar tan cerca suyo como sea posible.

Tal vez había deseado hacer esto desde el primer momento en que lo vi o tal vez llevaba toda mi vida deseando hacerlo. Todo mi cuerpo estaba contra la pared y mis piernas rodeaban su cintura con fuerza, el dulce beso se había convertido en algo feroz, en necesidad y melancolía. Sentí mi cuerpo sobre su cama y los nervios me invadieron, pero encontré sus ojos sobre mí y supe cuánto lo deseaba. Los besos de Sam eran el paraíso, un paraíso que no estaba segura de merecer, pero aceptaría todos los castigos por este sueño robado. Lentamente y con todo el coraje que encontré quité su remera, realmente era perfecto, los besos se tornaron más feroces y sus manos recorrían todo mi cuerpo, hasta que por fin habló.

—¡No podemos hacer esto, perdón! — dijo parándose en seco y alejándose de mí, lo observé desde la cama reordenando mis ideas. ¿Qué debía contestarle? ¿Qué debía pensar después de todo eso? ¿Cómo podía continuar con mi vida luego de haber visto el paraíso?

## Capítulo 5

### Capítulo 5: Princesa fugaz

Si te dijera que, tal vez, somos seres infinitos con más recuerdos de los que nuestra existencia humana es capaz de asimilar ¿me creerías? Esa idea no deja de dar vueltas en mi cabeza desde entonces.

Él miraba por la ventana como si ahí fuera se encontraran las respuestas a las preguntas que, podía notar, pasaban por su mente. Aún en sus jeans y sin camisa, yo me debatía en la cama cuales serían mis siguientes palabras, sin poder quitar mis ojos de los músculos de su espalda.

—Tienes razón lo siento, no sé en que estaba pensando, no entiendo que me pasó—dije finalmente avergonzada, y los nervios me traicionaban una vez más haciéndome hablar de más—. Esto es una locura, apenas nos conocemos, ¿en qué estaba pensando? —dije.

Sam se volteó y posó su mirada en mi sin decir una palabra.

—No vas a creer que hago esto con cualquiera, todo ha sido una serie de eventos erróneos— dije sin pensar —. Debería irme, lo siento Sam— comencé a buscar mi vestido que aún se secaba en su balcón.

El tomó mi mano antes de que pudiera abrir la puerta y me volteó dejándonos cara a cara, su mirada era dulce y cálida, no entendía como deseaba tanto salir corriendo de ahí.

—No puedes irte.

—Claro que puedo irme. Puedo hacer lo que yo quiera— dije manteniendo firme la mirada.

—Pero no tienes zapatos, y no creo que llegues muy lejos sin pantalones— contestó sonriendo. Tal vez contesté demasiado rápido intentando recordarle que nadie podía decirme que hacer y no tuve en cuenta los hechos, y era verdad, mi vestido probablemente aún no estaba seco y no sabía donde estaban mis zapatos desde anoche.

—¡Ay! Tienes razón, debo ser la persona con mas mala suerte en el mundo, debería poder salir corriendo de aquí en este momento— pensé en voz alta.



—No tienes que irte, Emma. No me arrepiento de lo que ha pasado, solo que no puedo hacerte eso, no podemos— entendía que no pudiéramos, nos conocíamos hacía apenas unos días, todo aquello era una locura, el beso debería haber sido un simple beso de esos que puedes olvidar al mes siguiente.

—Lo sé, es una locura.

—No lo es, fue hermoso— dijo tomando mi mano.

—Pero apenas nos conocemos Sam.

—Yo no lo siento así— lo miré, ¿este hombre estaba mas loco que yo? No supe que contestar —. ¿Por qué no te sientas? Hasta que tu ropa esté lista, yo te llevo a tu apartamento luego— siguió. Mi apartamento. Lola. Debía llamarla.

—Ay por Dios, olvidé llamar a Lola, debe estar asustada, va a matarme.

Me prestó su celular y agradecí que aun recordaba el numero de Lola de memoria, escuché sus gritos y su alivio, le conté todo lo que había pasado la noche anterior y me di cuenta que no había sido un sueño, el hecho de decirlo en voz alta me hizo notar que todo eso estaba pasando en realidad, y lo que había pasado con Sam esa mañana era real, debía decidir qué haría con eso.

—Si debes irte a dar una clase no te quedes por mí, no quiero molestarte— le dije caminando por su apartamento tocando los libros que poseía, la noche anterior no los había notado.

—No tengo nada más que hacer hoy, ¿tu tienes clases? — preguntó mientras recogía los pedazos de porcelana del suelo, recordé nuestro beso y por más loco que sonara no me importaba el tiempo que llevaba de conocerlo, quería besarlo una vez más.

—Me da pena decirlo, pero no sé si pueda asistir hoy.

—Entonces te quedas aquí, hasta que tu compañera vuelva de clases— respondió sin mirarme mientras buscaba una camisa.

Su apartamento estaba ordenado, lo único que parecía utilizarse demasiado eran los libros, aunque ciertamente su cocina tendría mas uso que la nuestra.

—No quiero molestar.

—No seas tonta— dijo acercándose a mi mientras abrochaba el último botón de su camisa y depositó un beso en mi frente. Sentí que se me

erizaba la piel, Sam era el hombre más hermoso que haya conocido, era dulce y estaba conmigo cuando podría estar con cualquier otra.

—Me gustaría poder conquistarte preparándote el almuerzo, pero la cocina no se encuentra dentro de mis dones— dijo riendo.

Tampoco era lo mío por lo que pedimos pizza y ocupamos el resto del día a hablar de la vida, en realidad hablamos de mí vida, por que no perdió oportunidad de preguntarme todo, desde la primera vez que caí andando en bicicleta hasta cuál fue mi motivación para entrar a la facultad de medicina, tenía la impresión de que de alguna manera evadía mis preguntas y volvíamos a hablar de mí. Preguntó por mis padres y mis ojos se llenaron de lágrimas al decir que no podría vivir si les pasaría algo malo, hablamos de Maggie y desee tener mi celular para mostrarle las fotos que me enviaba todos los días, las horas pasaban sin que lo notemos, la televisión solo era un murmullo de fondo y el resto del mundo tras esa puerta no existía. Al preguntar por su familia me contó que hacía mucho estaba distanciado de su padre y me sentí mal por él, yo lo extrañaba a cada momento. La conversación fluía con la confianza de dos personas que se conocen de toda la vida, por muy extraño que parezca. Cuando se hizo tarde supe que debía volver y me llevó en su auto, por suerte nadie conocido me vio salir descalza de su apartamento o moriría de vergüenza, fuera de allí éramos alumna y profesor, nadie se quedaría con las ganas de hablar del asunto.

— Gracias por traerme, y por todo lo que hiciste por mi— dije al llegar a mi apartamento.

— Gracias por dejarme cuidarte, a pesar de todo— respondió apagando el motor de su auto.

— Aunque no quiera tengo que irme— me sinceré, mirarlo a los ojos hacía que hable sin pensarlo muchas veces.

—Espera, tengo algo— se volteó en busca del asiento trasero— toma, no vas a llegar descalza.

—¡Mis zapatos! ¿los tuviste todo este tiempo? — pregunté fingiendo enojo.

—¿Te habrías quedado conmigo si te los daba antes?

—Sabes, eso podría calificarse como secuestro— reí.

—Disculpe señorita, pero lo haría de nuevo— dijo entregándome los zapatos como el príncipe de cenicienta, no pude evitar reírme de su ocurrencia—. ¿Podría secuestrarla mañana? — preguntó. Lo vería de

nuevo, mi corazón saltaba de felicidad.

—Cuando tú quieras— contesté sonriéndole, era muy pronto para sentir lo que sentía al mirarlo a los ojos, intentaba con todas mis fuerzas decírselo a mi razón. Antes de bajar me acerqué a él para besarlo una vez más, mi corazón recordaría sus dulces besos por siempre.

El tiempo ha dejado de correr, me siento como un bote a la deriva en el medio de un inmenso mar, solo que las olas ya no tienen ningún poder sobre mí. Lejos de lo que esperaba no me siento en paz, aún quiero gritar, pero no tengo las fuerzas para hacerlo. Mis sentidos están adormecidos, diviso imágenes a lo lejos que van y vienen, se borran y se aclaran, ya no soy un bote, soy un naufragio. Estoy hundida con la desesperación de una asfixia interminable.

Pero no me he ido por que aún oigo su dulce voz, no como la recuerdo, pero sí quebrada a lo lejos.

Se que puedo volver a él si lo intento, una vez más antes de perderme por siempre.

Sam es fuerte, sabe que debe dejarme ir, y sabe lo que debe hacer luego. Yo también lo sabía, pero no logro recordarlo, las memorias son una gloria efímera, se desvanecen poco a poco.[FB1]

Era sábado por la mañana, Lola daba vueltas en el apartamento haciendo el mayor ruido posible para despertarme, tendría muchas preguntas y la ansiedad era excusa suficiente para no respetar mi cansancio. Tenía demasiadas cosas para procesar, en las ultimas horas un profesor al que admiré por muchos años había intentado secuestrarme o algo mucho peor, intentaba no pensar mucho al respecto. Sam me había salvado, cuidado. Y luego todo se salió de control, pero se sentía perfectamente en su lugar. ¿Qué podía decirle de todo aquello? Durante todo el día evité lo mas que pude el tema, me limité a los detalles que eran necesarios y preferí el silencio, la adrenalina tal vez había impedido que analice demasiado las cosas antes y mi cabeza estaba a punto de estallar.

—Aún no lo entiendo— murmuró Lola sacándome de mis pensamientos—. El profesor Adams... nunca lo hubiera imaginado—siguió.

—Tampoco lo entiendo, fui una tonta, no debí confiar— resoplé.

—No te atrevas a culparte a ti misma, la culpa es solo de ese maldito infeliz. Lo han quitado de su cargo y tampoco se sabe de su paradero

¿Sam te dijo algo de él? — indagó.

—Solo que no debía preocuparme, pero no lo recuerdo muy bien, todo sucedió tan de golpe. Yo no sabía que hacer, gritaba y el sonido de la fiesta tapaba mis gritos. Te juro que luché con todas mis fuerzas por que no se me acerquen, pero eran más fuertes que yo.

—El miedo paraliza, es suficiente que lograste golpearlos, yo no sé qué habría hecho. ¡Quiero matarlos en este momento! —exclamó.

—Cuando solo podía rezar en mi mente Sam apareció, no sé que hubiera sido de mí. Me da miedo imaginarlo, no sabes todo lo que me escuchó llorar aquel día— le dije con mis ojos llenos de lágrimas.

—¡Ay Emma no puedo creerlo! —me abrazó—. ¿Sabes qué? Deberíamos tomarnos la tarde libre de estudios, solo veamos películas viejas y pidamos helado, como cuando éramos pequeñas ¿quieres?

—¿"Dirty dancing"?— pregunté soltando su abrazo.

—Patrick Swayze siempre nos hace sentir mejor— bromeó.

—Puedes elegir la siguiente si no vuelves a elegir "El club de los 5" — le dije y reímos.

Una tarde de películas con mi mejor amiga era todo lo que necesitaba para sentir que mi vida estaba en orden, permanecimos en pijama hablando y recordando juegos de niñas, viendo las películas y completando los diálogos. Ambas éramos fanáticas de las películas viejas, siempre pensé que los 80' y los 90' fueron los mejores años para el cine y la música, o que simplemente yo había nacido en la época equivocada.

El apartamento había perdido el orden con el que acostumbraba a verlo, demandaba una limpieza urgente. Los exámenes se encontraban lejos pero ya teníamos una pila de libros pendientes, en los cuales no podía ni pensar.[FB2] Mi teléfono estaba lleno de llamadas perdidas de mis amigos, y muchos mensajes de Alex de esa mañana preguntándome como me sentía, Lola se había encargado de contarle toda la historia. Había un mensaje de un numero desconocido de hacía unas horas.

"¿Saldrías conmigo esta noche?"

Era todo lo que decía. Supuse que podría ser de Sam pero no recordaba darle mi número en ningún momento.

Lola se encontraba ordenando su escritorio felizmente, como si se estuviese preparando para estudiar un sábado por la noche. Y todo cobró

sentido.

—¿Le diste mi número a Sam? — pregunté.

—¡Aw! ¿ya te ha mandado un mensaje? —corrió hacia mí. —¿Qué dice? ¡Déjame verlo! — gritó. Alejé mi celular de sus manos.

—¿Al menos esperaste a que te el te lo pida primero? — dije alejándome de ella para que no me lo quitase.

—¡Iba a hacerlo! — exclamó tomando mi celular y corriendo hacia la cocina.

—¡Estás loca! Supongo que iba a hacerlo si, me invita a salir esta noche, ¡pero el mensaje es de hace horas! — gruñí.

—No hay problema, soy tu “Lola madrina”— dijo guiñándome el ojo. Era la mejor amiga que cualquiera podría desear. Le hice señas para que me devolviera mi celular.

“Ven cuando quieras lindo” Decía en la pantalla. La mataría.

—¡Lola! ¡yo no hablo así! — exclamé.

—Pues deberías. Ahora, rápido a cambiarte que tu galán está por llegar— contestó riendo.

Extraño los problemas de aquellos días. Cuando no sabía que tan elegante o que tal casual vestirme para nuestra primera cita, ni que sería de mi si todo aquello continuaba por ese camino.

No siempre lograba reconocer a la mujer que veía en el espejo, mi cabello caía ondulado por debajo de mis hombros, de un negro azabache que siempre me había gustado, el azul de mis ojos resaltaba debido al maquillaje, era la única de mi familia que los tenía así por lo que no eran de mi agrado completamente, en cambio los marrones de Maggie me parecían más tiernos y cálidos. No había mucho más que pueda hacer, Sam se encontraba en su auto esperándome, por mucho que me hubiese gustado no podría simplemente aparecerse en la puerta de nuestro apartamento frente al resto de los alumnos que tendrían mucho que decir sobre el asunto. Respiré lentamente intentando calmar mi ansiedad y tomé mis llaves.

—¡No hagas nada que yo no haría! — alcancé a oír el grito de Lola antes de cerrar la puerta a mis espaldas, y sonreí, definitivamente aquel no era un buen consejo.

En mi camino hacía su auto pensé miles de cosas a la vez, mi corazón latía con demasiada fuerza, quizás por que aquella era la primera vez que supe con anticipo que lo vería. La puerta estaba abierta para mí, tomé aire y entré.

—Lamento no poder salir a buscarte como mereces— dijo Sam, no me había dado cuenta antes cuanto extrañaba oír su voz—. Estás hermosa Emma— agregó dulcemente. El también lo estaba, su belleza no era de este mundo y aun así yo no encontraba la valentía para decirle tal cosa.

—Gracias Sam, espero estar vestida para la ocasión, aunque no me has dicho cuál es la ocasión.

—Estas perfecta, no seas ansiosa, ya verás— contestó misterioso.

—Nunca pude ser paciente— dije mirando por la ventana. Sam se limitó a sonreír y asentir como si fuera algo que ya sabía de mí.

Condujo hasta el centro de la ciudad, lo suficiente alejado del campus, aún sin decirme a donde iríamos. Se detuvo en una vieja librería y bajó del auto para abrirme la puerta. Recordaba haberle mencionado mi pasión por los libros y ningún detalle se le pasó por alto, era un lugar magnifico, los techos estaban cubiertos de pinturas y las paredes de libros de todas las temáticas existentes, viejos y nuevos, era el paraíso. Podría sentarme allí por horas y ser la chica más feliz del mundo, en cada rincón me encontraba una nueva reliquia de la literatura y mi rostro no lograba ocultar mi asombro.

—Si me hubieras dicho que tendría que ponerte un libro adelante para ver esa hermosa sonrisa lo hubiera hecho desde el primer día— susurró Sam en mi oído, todo mi cuerpo reaccionó a su aliento sobre mi piel.

—Esto es hermoso Sam, nunca había visto una librería tan bonita, podría estar aquí por horas— exclamé mientras tocaba los lomos de los libros.

—Pero no es solo eso a lo que vinimos, ven por aquí— Sam me tomó de la mano y me dirigió por los pasillos de aquel inmenso lugar, parecía no tener fin. Llegamos a una sala en la parte trasera de la librería y un hombre esperaba ahí junto a una puerta.

—Buenas noches señor, ¿tiene una reservación? — dijo el hombre a Sam, ¿una reservación en una librería? ¿de qué se trataba?

—A nombre de Dagger por favor— contestó el, y el hombre abrió las puertas. Detrás de estas se alzaba un inmenso bar y restaurante, era uno de los secretos mejor guardados de la ciudad.

—¡uau! Esto es increíble— contesté mirando a mi alrededor, el lugar no parecía estar oculto detrás de la vieja librería por la que entramos, parecía pertenecer a un edificio en la parte trasera.

—Se encuentra aquí hace varios años, el dueño es un viejo amigo, de otra manera sería imposible conseguir reservación tan pronto— se dirigió hacia unas escaleras.

—¿Hay algo que sea imposible para Sam? — bromeé siguiéndolo sin poder dejar de mirar los detalles del lugar.

—Ni te imaginas Emma, pero en este momento me es imposible olvidar tu sonrisa— no podía ser real, simplemente no podía ser real. Nos guio hacia una mesa en la terraza del lugar—. ¿No te importa que sea bajo la luz de la luna no?

—Es perfecto Sam, creo que es demasiado, nadie ha hecho algo tan lindo por mí— respondí—. En cierta manera no estoy segura de merecer tanto.

—Lo mereces, lo supe desde el primer momento en que te vi a los ojos en ese estacionamiento— era perfecto, algo en mi interior quería confesarle los sueños que tenía donde él aparecía, pero a la vez temía que si lo hacía todo se derrumbaría de un momento a otro.

—Quería matarte ese día, ya estaba llegando tarde.

—No fue mi culpa que llegues tarde, te atravesaste en el camino con tu bicicleta— sonrió mirándome a los ojos, noté que las mesas a nuestro alrededor comenzaban a llenarse poco a poco.

—Yo no lo recuerdo así— reí.

—¿Te han dicho que eres testaruda? — sus ojos conectaron con los míos y nada podía romper esa conexión.

—¿Que si me lo han dicho? Muchísimas veces, pero no creo que lo sea.

—Me imaginaba que no lo crees, porque eres testaruda.

—No lo soy, solo tengo mi propia forma de ver las cosas

—Lo sé y me encanta eso de ti

—¿Sí?

—Es mas divertido hablar contigo y esperar a que algún día me des la

razón.

—y sabes que eso no pasará— reí.

—Se que no pasará— tomó mi mano. — Pero no puedo evitar amar eso de ti.

Amar era una palabra fuerte que no solía usar, pero oírlo de su boca me hacía sentir en las nubes. Las sorpresas nunca acababan a su lado, y cuando la cena estaba terminando lo hizo de nuevo.

—¿Bailas? — preguntó extendiendo su mano hacía mí.

—Pero si no hay nadie más bailando Sam, ni siquiera hay música— exclamé.

—La pondrán cuando empecemos a bailar— señaló sonriendo.

—¿Estás loco? — dije riendo.

—Probablemente lo esté y es todo culpa tuya— tomó mi mano y me dirigió al centro de aquella terraza decorada delicadamente con luces y velas. Tenía razón, la música comenzó a sonar, tal vez había otras personas alrededor, pero en ese momento girando cerca de su cuerpo nada más importaba. El ritmo de la música se tornó mas movido y me acobardó, pero Sam no me dejaba caer, reíamos bailando como si lo hubiéramos hecho toda una vida.

—De verdad estás loco— reí.

—No debe importarte lo que piensen de ti, solo debes preocuparte por ser feliz.

—Me siento feliz ahora.

—No creo que puedas sentirte más feliz que yo en este momento— exclamó y me dio un beso en la frente.

—¿Por qué no? Claro que sí, todo cerca de ti es increíble.

—Desearía que no sea tan increíble, solo desearía tener estos momentos junto a ti.

—Odio que hagas eso— dije finalmente.

—¿Hacer qué? — continuábamos bailando.



—Hablar conmigo como si hubiera cosas que no me estas contando, siento que no estoy en la conversación.

—Lo siento Em, no me di cuenta de que lo hacía.

—No lo hagas, yo también quiero saber todo de ti.

—¿Qué desea saber princesa? — habló a mi oído y dejo caer un dulce beso en mi mejilla, todo mi cuerpo se paralizó.

—¡No me distraigas! — sonreí y lo alejé, pero no lo suficiente para desperdiciar nuestra cercanía.

—¿Qué quieres saber? — dijo mirándome a los ojos.

—¿Cuál es tu color favorito?

—¿Eso es todo lo que se te ocurre? — se rió de mí.

—Contesta Sam.

—El azul de tus ojos siempre fue mi color favorito.

—¿No puedes evitarlo no?

—¿Evitar que? — rió girándome.

—Ser un galán todo el tiempo, estamos teniendo una conversación seria.

—Y no dije más que la verdad.

—Claro que sí Sam.

—¿Algo más? — infirió.

—Me dijiste que tenías problemas con tu familia— hice una pausa mirándolo a los ojos, de verdad me preocupaba que esté solo—. ¿has hablado con tu padre últimamente?

—Cada noche desde el día en que te conocí— dijo mirando hacia un lado.

—¿Es cierto? Me alegra mucho Sam, mereces estar con tu familia.

—Es complicado Em, algún día te explicaré.

—Lo haces de nuevo.

—No quiero arruinar mi momento de felicidad— contestó.

—¿Cuánto tiempo te quedarás como profesor?

—Unos meses, luego de eso me quedaré todo el tiempo que me quieras a tu lado.

—No sabes eso aún, no puedes prometerlo.

—Lo prometo Emma, me quedaré todo el tiempo que me quieras a tu lado— dijo mirándome a los ojos y no pude evitar derretirme ante su respuesta, no tenía otra manera de contestar a eso. En ese momento desea que no se fuera nunca, porque me destrozaría si lo hiciera, ponía mi corazón en sus manos y era la primera vez que le daba tanto poder sobre mí a otra persona. Me puse de puntitas de pies intentando alcanzar sus labios y por primera vez en la noche nos besamos dulcemente. No había nadie más alrededor cuando sus labios se encontraban con los míos, solo nosotros y mi corazón que amenazaba con detenerse a cada instante.

Debemos atesorar los pequeños momentos de felicidad que logramos arrebatarnos a la vida, pero no son más que eso, momentos fugaces como una bocanada de aire fresco que nos alimentan para el resto de nuestras vidas y cuando esos momentos se transforman en un sueño hecho realidad comienzo a temer el precio que deba pagar por ello.

Las luces en aquella terraza comenzaron a parpadear y una tormenta se formó de un momento a otro haciendo que algunos vasos caigan de las mesas. Sam se paró adelante mío mirando rápidamente el resto del lugar.

—Debemos irnos— tomó mi mano y me dirigió a las escaleras, sus ojos parecían enojados, no lo entendía, pero parecía ser la clase de ocasión en la que no hay tiempo para preguntar.

Sam condujo rápidamente como si otro vehículo nos persiguiera y por momentos me parecía que así era. Sus ojos estaban fijos en la carretera como si no estuviera ahí conmigo en ese momento.

—¿Sam, está todo bien?, ¿Qué ha pasado? — pregunté finalmente cuando quitó el pie del acelerador.

—No pasa nada Emma, tranquila— contestó tomando mi mano mientras conducía.

—¿Cómo que no pasa nada? ¿y que ha sido todo aquello?

—Primero una tormenta y luego un auto me pareció sospechoso, pero estaba equivocado, perdona, pero siento que constantemente debo cuidarte de que algo malo te pase.

—Sam no es así, lo de la otra noche fue horrible pero no todo el tiempo estoy en peligro.

—¿Juegas bolos? — me preguntó cambiando de tema rápidamente.

—Billar en realidad, nunca fui buena en los bolos.

—Eso tengo que verlo, ¿tienes otro talento oculto? — bromeó.

—Tendrás que esperar y verlo— sonreí.

Las horas pasaban y nosotros jugábamos como dos niños, sin importar la diferencia de edad, ni que roles cumplíamos cada uno en nuestra vida cotidiana, cuando estábamos junto lográbamos ser solo nosotros dos contra el mundo.

—Tal vez debería dejarte ganar una vez para que quieras volver a salir conmigo— rió orgulloso

—Eres un tramposo Sam, me has enseñado mal a jugar, estoy segura— contesté riendo.

—Emma es muy mala perdedora— dijo en voz alta como si no le importase que el resto de las personas lo escucharan y se rían de eso.

—¡Ya cállate! No tienes vergüenza— me acerqué a él corriendo para que deje de hablar.

—Por supuesto que no— exclamó y me tomó en sus brazos haciéndome girar.

—¡Basta, basta! ¡Le temo a las alturas Sam! — reí sin parar y su risa resonó en el lugar.

—Eres hermosa cuando ríes así— susurró y me besó en los labios. Mi cara dolía de tanto reír y la alegría que sentía estando a su lado no cabía en mi pecho.

—¿Por qué yo Sam? Entre todas, podrías tener a cualquiera— la pregunta que daba vueltas en mi cabeza durante ese tiempo salió finalmente.

—¿Por qué me ves a mí?

—¿Por qué no Emma? ¿Cuándo vas a entender la alegría que me da tener la oportunidad de estar a tu lado? No sé cuánto durará esto, no sé cuánto tiempo me permitirás estar contigo, pero cada momento que paso a tu lado soy inmensamente feliz— susurró con sus manos en mis mejillas. — Ojalá pudieras entenderlo.

—No puedo entender ni lo que siento— susurré. El simplemente me besó haciendo que todas mis dudas desaparecieran.

Así eran nuestros momentos juntos, pequeños destellos de alegría robados al universo. Las semanas pasaban y siempre encontrábamos un momento para escaparnos de nuestras rutinas y estar juntos, tal vez no podíamos hacerlo en público cerca del campus ni podía llevarlo a las reuniones con mis amigos, pero esas cosas no se interponían en la pequeña relación que crecía poco a poco entre nosotros.

Y a medida que mis sentimientos por Sam crecían los sueños que lo involucraban se volvían más vívidos y perturbadores, muchas veces me despertaba llorando y no dejaba de pensar que algo en mí estaba mal y la cercanía con él lo estaba empeorando.

### ***Cambridgeshire 1848***

—¡Simplemente dime que no es cierto! ¡Dime que no me enamoré de ti en vano, dime que no te irás! — grité tanto como mis pulmones podrían aguantarlo.

—Harriet no puedes pedirme eso— contestó apesadumbrado Sam del otro lado de la habitación. Verlo me provocaba dolor, parecía un simple hombre destrozado por la pena, pero nada se comparaba a mi dolor.

—¡Tu no puedes abandonarme aquí ahora! Deberías haberme dicho todo esto antes— lloré sin poder parar— Eres un egoísta ¿Por qué permitiste que me enamore de ti? — me acerqué a él y golpeé su pecho, sabiendo que aquello no le provocaría ningún dolor.

—No es como tu crees— susurró tomando mi cara entre sus manos y secando mis lágrimas.

—¿Y como es? ¿Se supone que un poder superior te ordena que te alejes de mí de un momento a otro y lo vas a hacer?

—No es tan simple Harriet.

—¿Qué no es simple? — demandé alejándome de él tanto como me era

posible. No podía soportar que me vea llorar de ese modo.

—Harriet por favor no llores, yo no planeo que las cosas sucedan de esta manera

—Yo tampoco lo planeo, ¡No puedes venir aquí, convertirte en mi vida entera y hacerla pedazos de un momento a otro! — grité-

—No me digas eso por favor— se acercó a mí.

—¡No me toques! ¡No te atrevas a volver a tocarme o a mirarme como si fuese el amor de tu vida por que de todas formas de iras con ellos y me dejarás aquí muriendo de dolor!

—No es cierto— susurró.

—¡Si es cierto Samuel, eres un maldito egoísta, no quiero volver a verte!

—¿Crees que es fácil? ¿crees que yo elegí esta especie de vida? — levantó su voz por primera vez hacia mí, a cualquier persona la hubiera acobardado pero yo no le tenía miedo a él, sabía que nunca podría lastimarme mas de lo que lo estaba haciendo en ese momento.

—Tu elegiste irte de aquí— exclamé.

—¡Yo no elegí enamorarme de ti, y principalmente no elegí abandonarte por ellos, irme a morir lentamente por que mi vida eres tú! —gritó.

—¡Si yo fuese tu vida no te irías! — le contesté a los gritos haciéndole frente, nunca antes habíamos discutido de esa manera.

—¿Es que no lo entiendes? ¡Por esa razón es que me voy! Debo irme porque tu eres mi vida entera y no puedo permitir arriesgarte por estar a tu lado.

—¡Sam tu no eliges arriesgarme o no! Mi vida es corta no como la tuya, déjame que yo decida su duración— rogué aferrándome a él.

—No sabes lo que estas diciendo Harriet es muy arriesgado, el cielo entero vendrá a buscarme y tu no serás nada más que daño colateral— habló directo a mis ojos.

—Si te vas de todas formas moriré— lloré.

—No digas eso— besó mis labios duramente una y otra vez intentando que deje de hablar.

—¿Me amas?

—Mas que a nada en el mundo, mas que a mi propia vida. ¿no ves que ese es el problema?

—No te vayas Sam— supliqué llorando y abrazándolo— Te lo ruego Sam no te vayas por favor— tomó mis manos y se alejó de mí.

—Siempre te amaré Harriet, lo siento— dijo pausadamente y desapareció. Dejándome sola, vacía y destruida para siempre.

## Capítulo 6

### Capítulo 6: Delirio de amor

Las hojas de los árboles que alcanzaba a ver desde mi ventana se teñían de un bello color ocre lentamente y me anunciaban que el verano había acabado, corría el mes de octubre y traía con él la época que los estudiantes más temíamos, la de los apuntes apilados y resúmenes eternos, de las noches en vela y la ansiedad que acompañaba cada examen, también me recordaban que hacía un mes conocía a Sam, tal vez un mes en la vida de cualquiera es poco para sentir todo lo que yo sentía en aquel entonces, tal vez cualquiera diría que era un delirio de amor adolescente aunque ya no fuera tan adolescente, pero sin importar lo que pudieran decir mi vida había cambiado desde que lo conocí, nunca creí que necesitamos de alguien más para sentirnos completos, cada uno de nosotros ya estamos completos, no somos simples mitades buscando por la vida completarnos, pero a su lado mi corazón se sentía pleno y mirarme reflejada en sus ojos me llenaba de felicidad. ¿Quién eres y que has hecho con Emma? Tal vez esta estación lograba ponerme de ese modo, o simplemente la paz que me regalaba mi mente al dejarme descansar de las pesadillas por una semana. Lola preparaba sus libros al otro lado de la habitación para llevar a la cafetería donde nos reuniríamos con el grupo a estudiar, aunque yo siempre veía al estudio como una actividad que prefería hacer en solitario. Esa mañana aprovechaba el tiempo para hablar con mi familia que ya extrañaba, por suerte el cumpleaños de Maggie llegaría pronto y sería una excelente excusa para volver a verlos, cuando todo estuvo listo caminamos juntas hasta la cafetería del campus donde Jessica y Alex nos guardaban una mesa lo suficiente grande para la cantidad de libros que Lola y yo habíamos cargado en nuestras mochilas. Al llegar todo el grupo ya había empezado, Alex y Thomas se encontraban con sus computadoras haciendo todo menos estudiar y Jessica con Marlene se intercambiaban apuntes para asegurarse de que ninguna le lleve ventaja a la otra, claro que nunca se dirían aquello, pero cualquiera que las conozca podría darse cuenta lo competitivas que eran entre ellas.

—Te dije que llegaríamos tarde— me dijo Lola mientras saludábamos a todos.

—Lo siento, me quedé dormida— admití sonriendo.

—¿Estuviste muy ocupada Emma? —preguntó Alex golpeando con el codo a Lola y ambos comenzaron a reírse, odiaba sus pequeñas bromas privadas.

—Si, si ¿podemos empezar? Algunos tenemos clases esta tarde.

—¡Esperen, voy a buscar café y empezamos! — dijo Jess y se alejó del grupo.

—Me imagino que recordaste traer el delantal para el laboratorio— comentó Lola mirando hacia la mochila de Alex.

—¿Cómo?! ¿Era hoy? Lo olvidé completamente— contestó

—¡Pero si te envié un mensaje anoche para que no lo olvides! —replicó Lola

—Si, a las 2 de la mañana, debemos establecer horarios en los cuales no puedes enviarme mensajes— dijo Alex riendo.

—Te has vuelto todo un anciano Al— rió Lola—debes volver a buscarlo antes de la clase de esta tarde— siguió.

Thomas se aproximó a Jess para ayudarla a traer los vasos de café para todo el grupo, siempre creímos que secretamente estaba enamorado de ella, pero era un chico muy tímido y dudábamos que se atreva a decírselo.

—¡Aquí estoy, ya podemos empezar! —dijo entregándonos las bebidas a cada uno—¡Lola a que no sabes quién quiere salir con nosotras esta noche! — canturreó.

—¿quién? Odio las adivinanzas— contestó.

—El mismísimo Ashton me ha preguntado por ti, y si nos gustaría a nuestro grupo salir con ellos al cine esta noche— comentó Jess.

—¿Ashton el de la clase de Neurología? —los ojos de Lola brillaron de alegría, siempre le había gustado aquel chico, y aunque ella parecía lo suficiente confiada y fuerte en su interior no creía tener la valentía para enfrentar un rechazo.

—¿Puedes creerlo? Me pidió que te dé su numero para organizar la salida— siguió Jess. Por alguna razón mi mirada se dirigió a Alex, que se encontraba a su lado y su cara reflejaba desilusión, ¿Alex sentía algo por ella? ¿Por cuánto tiempo? ¿Cómo es que nunca me lo había dicho? Debería hablar con el pronto.

—Iremos, ¿no Emma? Por favor no me dejes sola en esto, sabes que me gusta ese chico hace años— rogó Lola. Sabía como sería esto, Lola estaría con él, otra parejita se formaría y estaría estancada el resto de la noche con algún amigo de alguien mas buscando la manera mas amable de decirle que no estaba interesada, pero ¿cómo podía abandonarla después de todas las veces que ella me cubría para que pudiera escaparme con



Sam en este último tiempo?

—Claro, iremos, ¿Alex vienes con nosotras? — pregunté.

—Esta noche no puedo, tengo cosas importantes que hacer— contestó cortante. Lamenté que se rinda tan pronto, podría pelear por Lola, el la merecía mucho mas que el mujeriego de Ashton.

—¿Alguien más? — preguntó Lola, feliz, ignorando lo que pasaba por la cabeza del resto.

—iyo por supuesto que voy! — respondió Jess encantada.

—Yo también puedo ir— agregó Thomas rápidamente. Eso no dejaba siendo cinco personas, Lola con Ashton, Jess con Thomas, y yo, supuse que podría ser mucho peor.

—Ok, ahora deberíamos empezar, en pocas horas tenemos clases.

El estudio en grupo no era la mejor alternativa si lo que esperaba era recordar lo estudiado y no los chistes que a cada momento interrumpían en la conversación, pero muy a pesar de mis expectativas el día fue productivo, aunque no podía dejar de sentirme mal por Alex por lo descubierto hacía unos momentos, tampoco podría opacar la alegría de Lola que esperaba este momento hacía unos años. A las pocas horas y cuando decidimos que ya fue suficiente partimos hacía la clase, Alex nos acompañó, pero decidió irse a mitad de camino y sin dar suficientes explicaciones, Lola no podía entender que le sucedía, supongo que ella tampoco hubiese esperado que el tenga sentimiento por ella y no lograba darse cuenta de aquello.

—Espero que tu novio haya corregido los trabajos de la clase anterior, necesito que no lo distraigas demasiado— susurró al llegar al laboratorio.

—iLola! Cállate, pueden escucharte— dije mirando alrededor.

Sam pasó junto a nosotras saludando con un simple y frio "Buenas tardes" y abrió las puertas del laboratorio para que todos comiencen a ingresar. Odiaba esos momentos en los que me sentía tan lejos y sin poder mirarlo como solía. Cuando todos estuvimos listos y en nuestros lugares dio las instrucciones necesarias para realizar el trabajo, para mi suerte todo estaba explicado en la pizarra, porque era la primera vez que veía a Sam vestido como un medico y verlo en ese uniforme sólo me hacía pensar todas las formas en las que correría hacia sus brazos. A cada momento durante esa clase lo miraba con la esperanza de encontrarlo mirándome a mí, pero eso no sucedía, tal vez era solo porque era demasiado responsable como para estar mirándome en vez de prestar atención a la seguridad de toda la clase, pero el simple hecho de que no me haya

dirigido la mirada ni una vez y su saludo de aquel me hacía sentir ansiosa. Para mi suerte había logrado ponerme al día con la clase de Farmacología gracias a los apuntes de Lola y el trabajo de ese día no me parecía tan difícil, lo mismo no sucedía con el resto de mis compañeras que solicitaban la ayuda de el profesor Dagger a cada momento, no lograban encender un equipo ni realizar una determinación sin antes recurrir a él y quedarse hablando y riendo con él de cualquier cosa. Supongo que estaba celosa de verlo prestarles atención a todas las demás y no acercarse a mí en ningún momento, pero era como debía ser, de otra forma sospecharían de nosotros y el sabía que yo deseaba que fuera un secreto, al menos hasta que el profesor titular vuelva a dar la materia.

Sam llamaba uno a uno a todos los alumnos para entregar los trabajos de la otra semana, Lola se encontraba feliz con la nota que había obtenido, yo casi terminaba pero no deseaba irme pronto.

—Disculpa, ¿tu nombre es Emma? — la voz de un chico me sacó de mis pensamientos. Me giré para encontrarme con él, tenía el cabello oscuro y los ojos de un celeste claro, casi como el chico que me observaba en la biblioteca aquella noche en la que cené con Sam por primera vez, no pude reconocer completamente su rostro.

—Si, soy yo, ¿Qué necesitas? — contesté.

—Soy Eric, amigo de Ashton— respondió. Claro, seguramente buscaría a Lola.

—¡Ah por supuesto! ¿buscas a Lola? — pregunté buscándola con mi mirada en el laboratorio, sin querer me encontré con la de Sam que nos observaba desde la otra esquina.

—De hecho, te busco a ti, sabes que iremos al cine esta noche, ¿no?

—Si, me dijo Jess, pensaba que Ashton iría solo— contesté, sinceramente esperaba que Ashton fuese solo.

—Yo también iré y quería asegurarme de que tu estés—reveló. Oh no Eric, no hagas esto.

—Si, planeo ir pero Eric, la verdad es que yo—no logré terminar la oración antes de que comience a hablar.

—Como amigos— me interrumpió. Observé a Sam a lo lejos que no me quitaba la mirada de encima.

—Me parece bien— sonreí.

—¿Podrías darme tu número para organizar la salida? —preguntó amablemente, no supe como rechazar su pedido y lo hice, de cualquier forma, podría conseguirlo por otro medio, no es como si la privacidad fuera algo muy común en estos tiempos.

—Disculpe, pero se encuentra en el laboratorio no en una discoteca, podría dejar este tipo de conversaciones para cuando se haya retirado, a no ser que desee retirarse en este momento— la voz cruda de Sam interrumpió la charla. Se lo oía molesto.

—Perdóneme profesor Dagger, ya he terminado aquí— contestó sonriendo y agitando su teléfono en el aire con alegría, hasta me causó un poco de gracia la forma en la que lo dijo y la cara de Sam.

—Hudson cuando pueda acérquese que le entrego su trabajo— dijo serio y se alejó.

¿Hudson? Estaba claro que estaba molesto con la situación. Lo seguí y me percaté de que la hora de la clase había acabado.

—Espero que todos hayan logrado terminar, y espero el informe en mi escritorio la clase siguiente, sin falta ¿entienden? Además, quiero que investiguen sobre la diferencia entre la morfina y sus metabolitos— habló dirigiéndose a toda la clase, yo me encontraba en frente de su escritorio esperando mi trabajo. El laboratorio se vació rápidamente, y Sam buscaba entre sus papeles.

—¿Hudson? Eso fue demasiado— dije una vez que todos se habían retirado.

—¿Estas molesta por que los interrumpí? — preguntó al entregarme mi trabajo.

—No seas tonto Sam, dejó en claro que solo lo quería como amigo— contesté mirándolo a los ojos.

—El tiene tantas ganas de ser tu amigo como yo— dijo acercándose a la puerta y cerrando la pequeña ventada de vidrio que esta tenía.

—¿No quieres ser mi amigo? — jugueteé acercándome a él. Olvidando por completo el contexto y las formas de alumna y profesor que debía mantener.

—Sabes que no, y esas no son sus intenciones tampoco Emma.

—Sólo quería mi número, porque esta noche un chico que le encanta a Lola desde hace casi dos años nos ha invitado al cine y después de todo lo que ella hizo para cubrirme y que yo pueda estar contigo no pude decirle

que no, no esperaba que él lleve a un amigo, no solo seremos nosotros— intenté convencerlo de el asunto no era para tanto, casi como intentaba convencerme a mi ya que la idea no terminaba de agradarme.

—Em no me atrevería a decirte lo que puedes ni lo que no puedes hacer, solo me vuelve loco pensar que te quiera poner una mano encima— dijo acercándose a mi.

—El único que deseo que me ponga una mano encima eres tú— susurré mordiéndome el labio, había descubierto que aquello hacía que sus besos se carguen de pasión.

—No debería desear ese tipo de cosas señorita Hudson— exclamó aún más cerca. ¡Por Dios ese hombre era divino!

—¿Por qué no? — puse mis manos en sus hombros.

—Por que se te podrían cumplir— respondió e inmediatamente me tomo en sus brazos y me sentó sobre la mesada del laboratorio. Podría decirse que habría soñado con besarlo de aquella manera desde el momento en que lo vi entrar vestido de esa forma, pero no tenía una imaginación tan poderosa como para esperar que eso suceda. Nos besamos olvidando por completo donde nos encontrábamos y todo mi cuerpo me pedía que ese momento no acabe solo en besos que hacían volar mi cabeza y todos mis sentidos, pero sabía muy bien que aquel no era el lugar para desear ese tipo de cosas.

—Sam pueden vernos— dije sin poder parar de besarlo.

—Así podrían saber todos que eres mía— susurró en mi oído. Debía recuperar el control pronto o nos traería muchos problemas, pero simplemente no lograba detener ese momento cuando todos mis instintos me pedían que no me detenga y mis pensamientos no lograban ir más allá de cada lugar donde Sam depositaba un beso.

La puerta del laboratorio se abrió rápidamente de par en par, llevándome a la realidad para sentir como mi corazón se salía de mi pecho.

—¡Ay por Dios! — gritó Lola cerrando rápidamente las puertas—¡No sabía que estaban aquí! — se disculpó petrificada en la puerta.

—¡Lola! — fue todo lo que logré decir, solo pude quitar mis manos de debajo de la remera de Sam y bajarme rápidamente de la mesada. Lola se debatía entre reír o salir corriendo.

—Lo siento, ¿necesitas algo? — dijo Sam alejándose de mí, Lola me miró y

ambas comenzamos a reírnos.

—Sam, quiero presentarte a Lola, mi mejor amiga, ya sabe de nosotros— dije intentando tranquilizarlo, aun que no se lo veía para nada nervioso.

—Supongo que no es la mejor forma de que me conozcas— habló Sam acercándose a Lola.

—¡No!, quiero decir... no me molesta, me parece excelente que estén... em... llevándose tan bien. ¡Solo intenten no hacerlo donde pueda entrar cualquiera! — exclamó nerviosa.

—Lo siento, no fue planeado— contestó Sam sonriendo al mirarme.

—Esta bien, yo solo vine a buscar la chaqueta que olvidé y ya me voy, un gusto conocerte no solo como el profesor Dagger, espero que podamos salir todos juntos en algún momento— habló Lola rápidamente— ya me voy, espero que puedan terminar esto en otro lugar— exclamó riéndose al salir por la puerta.

Observé a Sam y supe que estaba sonrojada.

—Es simplemente Lola— agregué sonriendo.

—Vas a volverme loco— dijo dándome un beso en la mejilla.

—Debo irme ya, ¿cuándo puedo verte? —pregunté.

—¿Irás al cine esta noche no?

—Debo ir.

—Déjame pasar a buscarte a la salida, y cuídate mucho ¿si? — en sus ojos se veía cuanto le importaba.

—Claro Sam, gracias por... el trabajo y todo— dije riendo

—Nos vemos esta noche— contestó sonriendo y salí del laboratorio para pensar todo el día en su preciosa sonrisa.

Corrí por el pasillo para alcanzar a Lola, y ella hacía justamente lo contrario para encontrarnos.

—¡Que acabo de ver! — ciertamente no era una pregunta.

—No quisiera hablar de eso— dije riendo.

—Tu sí que la pasas bien en clases, ¿Quién lo diría? Emma y el profesor mas guapo que haya existido— dijo haciendo señas con sus manos, como si estaría leyendo un cartel de película, no pude evitar comenzar a reír.

—No es para tanto, pero Lola, estoy loca por él— me detuve en el pasillo para poder hablar tranquilas— sé que es muy pronto y no sé cuando tiempo debería esperar para decir esto, pero creo que siento muchas cosas por él, no podría sacarlo de mi cabeza nunca— admití.

—¿Cómo que “crees”? Emma, disculpa, yo soy tu mejor amiga y sabes que te apoyo en todo, pero ¿Crear? ¿eres tonta? ¡Estas completamente enamorada de ese hombre, a ver cuándo lo notas! —gritó.

—Es muy pronto para hablar de amor Lola, apenas ha pasado mas de un mes— hablé por lo bajo.

—¿y quien dice cuando tiempo debe pasar para sentir amor? ¡Lo puedes sentir de un día para el otro, o toda la vida sin siquiera notarlo! ¿Por qué no te permites reconocerlo?

—Tal vez tengo miedo del poder que tiene Sam sobre mí, no dejo de pensar que si un día decide irse quedará destruida por completo, esa idea no sale de mi mente por más que lo intente, algo me dice que no va a durar lo nuestro.

—Emma, permítete ser feliz sin pensar, por un segundo, en las consecuencias que eso pueda tener, por que las consecuencias no son lo que importa cuando se trata de amor.

—¿Por qué estamos hablando de amor?

—Lo que yo vi ahí dentro fue un amor completamente desesperado y urgente.

—Ok Shakespeare, deberíamos irnos porque si no recuerdo mal tienes una cita esta noche— finalicé riendo.

Lola se encontraba tan feliz esa noche que no pudo notar que Alex no nos había dirigido la palabra en todo el día, a mi tal vez porque sabría que lo había notado, yo no encontraba la forma de sacarla de su alegría y decirle que debía hablar con él, ni siquiera me caía muy bien ese chico Ashton, Lola era su quinta conquista en la semana seguramente, pero ella estaba feliz y yo no podía ser egoísta con ella. Las parejas habían sido armadas casi de forma inconsciente, Lola se entendía perfectamente con Ashton, aunque no habría comparación si la veía con Alex, Jessica y Thomas habían decidido sentarse juntos y a mi no me quedaba otra que estar sentada con Eric, habían elegido como era de esperarse una comedia romántica, demasiado romántica para mi gusto, tal vez no era la mejor

forma de que me sienta cómoda en mi situación. La realidad era que no podía dejar de pensar en Sam y en como me sentiría yo si la situación sería al revés, pero él entendía que no tuve opción por que no podía fallarle a mi amiga. La película se tornaba cada vez más romántica, tanto que hacia que quiera reprocharle al director por clasificarla como comedia romántica, nada me parecía cómico en ese momento. Lola estaba tímidamente tomada de la mano con Ashton, y Thomas había juntado todo su valor para extender su brazo por detrás de Jess en lo que parecía ser un abrazo. Eric y yo mirábamos fijamente la pantalla, se podía a kilómetros que nos moríamos de aburrimiento y de que haber asistido había sido el mas grande error de la noche.

—Si no te molesta voy a decir que esta película es un asco— susurró el chico con todo su desenfado en mi oído, reí por lo bajo.

—¡Hasta que alguien lo dice al fin! — respondí con la voz lo más baja posible.

—No ha pasado mas de media hora y ya quiero ahogarme en tu balde de pochoclos— susurró.

—Ah no, cómprate los tuyos— dije riendo. Una señora sentada atrás nos mandó a callarnos y ambos reímos, al menos él también pensaba que este momento era un asco.

No habían pasado más de diez minutos en los que intentaba concentrarme en la mala película que habían elegido cuando volvió a hablar.

—¿Podríamos irnos a tomar un helado y no sufrir este horror de película?  
—preguntó susurrando. Lo pensé por un momento hasta que me convencí de que no era algo malo, peor sería aburrirse.

—Me parece una idea excelente— contesté y le dejé mi balde de pochoclos a Lola.

Cuando salimos me di cuenta de que deberíamos hacer tiempo durante dos horas hasta que la película acabe.

—Necesito por lo menos un kilo de helado para congelar mi cerebro y que olvide las estúpidas escenas de esa película— dijo Eric.

—Vamos, no era tan terrible— contesté

—¿Qué no lo era? Era lo mas cliché del mundo— respondió riendo.

—Bueno sí, era terrible, lo admito.

—Siento pena por todos los que están en esa sala— agregó y reímos. Al menos el chico intentaba ponerle humor a la situación.

—Nada que un helado no pueda solucionar.

El resto de la hora tomamos helado y hablamos un poco sobre la universidad y los amigos de cada uno, investigué todo lo que pude sobre Ashton y le advertí a Eric que no respondía de mí si su amigo hacía sufrir a Lola, lo entendió, parecía ser un buen chico, me gustaba su sentido del humor, me recordaba a Alex. No dejaba de pensar en Sam, en nuestros besos de aquel día, y en lo que Sam dijo sobre las intenciones de Eric, tal vez sería cierto lo que él decía, el chico era apuesto, pero y estaba completamente perdida en Sam, no podría ni pensar en alguien más.

—Escucha, ¿tu estas saliendo con alguien más? — preguntó finalmente.

—Si, disculpa Eric, pero en este momento hay otra persona en mi corazón— contesté. Me daba pena, parecía ser un chico muy dulce, deseaba que encuentre a la indicada.

—Supuse que una chica tan hermosa no estaría disponible— dijo sonriendo.

—Eric— lo reprendí.

—Ya sé, ya sé. Estas ocupada, pero tal vez no lo estés siempre— agregó.

—Pero ahora lo estoy— contesté cortante.

—Esta bien, no te enojas, podemos ser amigos hasta que ya no me veas como un amigo— puso una sonrisa pícara.

—Amigos Eric, solo amigos.

—¿Sabes? Debería haberte hablado aquella noche en la biblioteca— habló por lo bajo.

—¿En la biblioteca? ¿Cuándo? — pregunté

—Hace como un mes, una noche no quedaba nadie más y vi a la chica mas hermosa de todas a unas mesas de distancia, me debatí tanto tiempo entre acercarme o quedarme observándote desde mí lugar que tu decidiste irte.

—Creo que te recuerdo, me fui por que había un loco mirándome sin



parar— dije riendo.

—No podía evitarlo, y ahora no puedo dejar de pensar que en ese momento si estabas disponible— expresó. Sentí un poco de pena por lo que me contaba, pero tampoco supe cómo responderle.

—Tal vez mirar tanto a una chica en una biblioteca vacía no es una buena táctica— dije sonriendo.

—Lo tendré en cuenta cuando acose a otra en la biblioteca— respondió y reí.

—Excelente idea— jugué con el helado.

—Si te hubiese hablado tal vez hoy estaríamos tomados de la mano mirando esa horrible película— dijo sonriendo.

—Bueno supongo que nos has ahorrado un mal momento— contesté y ambos reímos.

Lola envió un mensaje a mi móvil en el que se notaba su felicidad, Jess y Thomas había decidido irse juntos, ¿Quién lo diría? Y ella iba a cenar con Ashton, como era de esperarse quedaría sola con Eric.

—Supongo que nos han dejado solos.

—Es el precio por no sufrir la película— contesté riendo.

—¿Quieres que te lleve a tu apartamento? —se ofreció amablemente.

—A decir verdad, alguien se ofreció a pasar a buscarme—dije despacio, no quería herir sus sentimientos.

—¿Es él verdad?

—Sí— admití.

—Supongo que debe ser muy bueno, yo no dejaría que estés saliendo con alguien más si estas conmigo— dijo sonriendo mientras salíamos de aquel lugar.

—¿Por qué no? — pregunté solo para no cortar la conversación.

—Porque podrían enamorarte— sonrió, era muy descarado, sonreí negando con la cabeza.

—Creo que estás loco.

—¿Pero ha funcionado? Se lo diré a la siguiente que encuentre en la biblioteca.

—Definitivamente estás loco— reí.

En mi celular apareció un mensaje de Sam avisándome que ya estaba con su auto en la esquina.

—Debo irme Eric, fue una linda salida.

—Ha sido el helado.

—Por supuesto— reí.

—Supongo que nos vemos en clases entonces ¿no?

—Claro, ¡Adiós! — dije caminando rápidamente hacía el coche de Sam y subiendo en él.

No podía expresarle la felicidad que tenía de verlo en ese momento, pese a la incómoda situación, no había nada que deseaba que estar con él.

—Estas demasiado hermosa— dijo besándome.

—Espero que eso me sea útil para lograr mi objetivo— dije.

—¿Y cual es tu objetivo?

—Que no me dejes en mi apartamento— contesté sonrojándome.

—No pensaba hacerlo, vamos a ir al mío a ver buenas películas y cenar.

—Casi me convences— exclamé esperando más.

—Y te voy a besar hasta que te quedes completamente dormida— agregó y me derritió por completo.

Para nuestra suerte a esa hora no había muchas personas que podrían verme entrar con él, a veces desearía que eso no importase demasiado, olvidarme del resto del mundo y de las obligaciones y quedarme con él, abrazados simplemente donde me sentía completamente feliz.

Al entrar sentí que me había olvidado de un detalle muy importante, todo el apartamento estaba perfectamente organizado y decorado con rosas, el

aroma a comida casera nos invadió al entrar.

—¿Qué es todo esto Sam? ¿Cocinaste tú? — pregunté incrédula.

—Claro, lo que sea por mi princesa— me entregó unas rosas.

—Pero ¿por qué? —dije sin poder ocultar mi alegría y mi sorpresa.

—¿Necesito una razón para mimarte? —sonrió.

—Sam yo me siento culpable por tener que salir esta noche y hablar con un chico que tenía otras intenciones, y tu haces esto, en vez de enojarte lo que sea que se supone que deberías hacer— dije colocando las rosas en lo mas parecido a un florero que encontré.

—Debías hacerlo y lo entiendo, no dejaría que ese tipo de cosas se interpongan entre nosotros.

—Esta bien, no me lo creo, pero está bien— sonreí— Entonces, ¿Qué cenaremos? —pregunté.

—Sólo sé cocinar pastas así que...— hizo una pasta para destapar una olla— ¡pastas!

—Pastas me parece una excelente idea.

—Tome asiento señorita— dijo preparando la mesa.

Verlo haciendo cosas tan simples enamoraba, dejando atrás la charla que me había dado Lola esa tarde, debía reconocer que a su lado me sentía completamente enamorada de ese hombre, una clase de amor que no olvidaría en toda mi vida. ¿Podría existir algo más aterrador que eso?

—Está increíble, de verdad no puedo creer que cocines así.

—He tenido mucha práctica— admitió.

—¿Me dices que le has hecho la misma comida muchas en el último tiempo? — pregunté casi molesta.

—Si, de hecho, hace medía hora se acaba de ir la anterior— dijo riendo.

—No me digas— contesté molesta.

—No te imaginas— dijo riendo— creo que tengo algo que me olvidé de darle antes de que se vaya y puedo dártelo a tí— agregó.

—No es gracioso Sam.

Buscó en un cajón una cajita rectangular decorada en un bello color dorado y se acercó a mí, la abrió ante mis ojos y pude ver un precioso collar decorado con una esmeralda.

—Es para ti, quiero que lo tengas— dijo haciéndome girar para ponerlo en mi cuello.

—¿Por qué es esto Sam? — pregunté con lágrimas en los ojos.

—No pude evitar pensar en ti al verlo, como no puedo evitar pensar en ti a cada momento, por eso quise darte algo para que pienses en mí.

—No necesitas darme nada para que piense en ti, ya lo hago, a cada instante— me detuve mirándolo a los ojos— Yo... creo—recé pidiendo valor— creo que estoy enamorada de ti Sam— confesé. Sam se limitó a sonreír, supuse que debatiéndose sobre como contestar a la declaración que acaba de hacer. Tal vez había ido demasiado rápido, confesar algo tan fuerte y tan pronto había sido un error, tal vez lo espantaría, tan rápido podría haber echado a perder todo.

—¿Crees? — preguntó sonriendo.

—Yo... sí, supongo que, creo que sí— dije entrecortado, conteniendo la respiración.

—Yo no lo creo— exclamó. Lo supuse, el no sentía eso tan pronto, recién habíamos comenzado hacía apenas mas de un mes y yo lo había arruinado todo.

—Lo entiendo— dije por lo bajo evitando mirarlo a los ojos.

—Yo no lo creo Emma, yo lo sé, estoy completamente enamorado de ti, no tengo dudas— mi corazón dio un salto. Sam sabía muy bien que no podía contestar aquello por mucho que lo deseaba, se limitó a besarme dulcemente, calmando mis miedos y ablandando mi corazón.

—¿Podemos saltarnos el postre e ir a la cama ver películas? — pregunté sin dejar de besarlo.

—Lo que mi princesa quiera— dijo haciéndome señas para que camine primero.

La noche fue perfecta, miramos películas sin mirarlas, por que sus besos o sus cosquillas me distraían de las mejores escenas o lo hacía yo dejando en claro que ninguno tenía intención de mirar una película, el simple hecho de encontrarme abrazada a el con mi cabeza en su pecho suponía

para mí una alegría inmensa, un sentimiento de paz y de plenitud que nunca antes había tenido.

Cerré mis ojos para disfrutar del momento que la vida nos obsequiaba, Sam me abrazaba y acomodaba mechones de mi cabello, supuse que pensaba que estaba dormida por completo, pero aún no lo estaba, sino que podía sentir sus caricias y sonreír levemente con cada una. No estaba dormida pero no me faltaba mucho más para estarlo cuando lo oí hablar dulcemente por última vez antes de fundirme en el sueño más profundo

—Te amo Emma.

—Te amo Harriet— la voz de Sam sobrevolaba en mi cabeza. Las imágenes se arremolinaban en mi mente como hojas libres en el viento, una enorme escalera, un candelabro, un vestido inmenso, Sam de pie extendiendo su mano hacia mí. Una playa, un pañuelo volando y yo corriendo hacia él. Un profundo beso y una despedida.

Luego todo era blanco por un momento y luego completa penumbra.

El frío y el miedo se apoderaba de mí nuevamente.

Fuego, sangre y yo en sus brazos, por lo que sentía como una última vez.

Sus lágrimas en mi rostro eran lo único cálido de esa noche y sus palabras ya no llegaban a mí.

Y luego la habitación, la habitación mas pequeña y a la vez mas inmensa que alguien pudiera imaginar. Tan blanca que no dejaba ver el completo vacío a mi alrededor, cuánto mas deseaba salir mas pequeña se hacía, eternamente blanca.

Y la voz de Sam era lo único que impedía que no me esté partiendo en mil pedazos.

—¡Emma! ¡Despierta Emma! — su voz estaba ahí otra vez, cada vez más real.

—¡Emma es solo un sueño, tranquila!, ¡despierta por favor!

Abrí mis ojos llenos de lágrimas y no reconocí el techo de mi habitación, la voz de Sam me llevó a la realidad lentamente.

—Emma estaba soñando, tranquila, estás aquí conmigo— tomó mi mano y me observó — ¿Qué has soñado? Estabas llorando— indagó. Intenté

calmar mi respiración agitada, el secaba las lagrimas en mis mejillas.

—Soñaba contigo— admití finalmente. Sabía que no debía haber contado aquello, que era lo suficiente extraño como para que yo sola lo sepa, que no era necesario que el sepa que me estaba volviendo loca.

—¿Conmigo? ¿Qué soñabas? — me interrogó.

—Decías que me amabas— dije y las lagrimas volvían a caer.

—¿Y que tiene de malo eso Em? — dijo besando mi frente.

—Yo moría, en tus brazos me desangraba Sam— exclamé. Sam parecía haber visto un fantasma del pasado, no decía una palabra solo me miraba, intentando buscar las palabras para decirme que era solo un sueño, pero no lo hacía, necesitaba que me diga que solo era un sueño, necesitaba que me diga que no me estaba volviendo loca.

—No permitiré que nada malo te pase amor mío— contestó dulcemente abrazándome.

—¿Sam? — hablé aprovechando no tener su mirada en mí

—¿Qué más? — preguntó

—Me llamabas Harriet— El abrazo de Sam se endureció, se sintió frío y creí que me soltaría por un momento, como si mi sueño significaría algo para él.

Mi teléfono comenzó a sonar, una llamada tras otra y ninguno se movía ni decía una palabra, Sam no me soltó, pero su abrazo cambió, desea poder ver su rostro para preguntarle que estaba sucediendo. El teléfono no dejaba de sonar, salí de la cama y lo busqué nerviosamente en mi bolso, con una extraña sensación en mi pecho.

—¿Hola?

—Emma tienes que venir a casa, tu padre tuvo un accidente— mi madre hablaba desesperada del otro lado de la línea.

—¿Qué estas diciendo? ¿Qué le pasó a papá? —exigí una respuesta, mis manos temblaban y el teléfono estaba a punto de caerse. Estaba segura de que si una bala me atravesaba el corazón no podría hacerme sentir más dolor que las palabras de mi madre en ese momento, las lágrimas brotaban de mis ojos y no podía dejar de sollozar.

—Está en terapia intensiva, no sabemos que pueda pasar, ni si puede despertar. Em necesito que vuelvas— pidió. El teléfono cayó de mi mano,

y yo caí en el piso rompiendo en llanto. Mis mayores miedos se habían hecho realidad, estaba destruida no podría levantarme de allí, no podría recomponer mis pedazos.

Sam tomó el teléfono y contestó sin pensarlo demasiado.

—Hola, ya vamos hacia allá, necesito que me diga en que hospital se encuentra su esposo— espero, habló claro transmitiendo tranquilidad, y le agradecí en mi mente que hiciera eso— Está bien, si, lo conozco, estemos allí en menos de una hora— dijo y colgó.

Agradecí que Sam estuviera allí para recoger los pedazos de mi corazón, por que yo sentía que no podía continuar.